

# REPERTORIO AMERICANO

SAN JOSÉ, COSTA RICA

1924

LUNES 24 DE NOVIEMBRE

SEMENARIO DE CULTURA HISPANICA

**SUMARIO:** *La victoria uruguaya*, por B. Sanín Cano.—*Pies y cabeza*, por Andrenio.—*El Canal interoceánico nicaragüense*, por A. Batres Jáuregui.—*La estrella de Ginebra*, por Luis de Zulueta.—*Abejas milenarias*, por José Ortega y Gasset.—*Impresiones de arte*, por R. Yglesias Hogan.—*Juan Crisóstomo Lafinur*, por R. F. Giusti.—*César Conto*, por Santiago Pérez.—*Testamento político* de César Conto.—*Dietario en Zig-Zag*, por Ramón Vinyes.—*Página lírica* de C. Préndez Saldías.—*La Edad de Oro* (Con lecturas para los niños).

## La victoria uruguaya

(De *La Nación*, Buenos Aires).

Un diplomático japonés dijo, sonriendo, como suelen expresar los nipones la verdad, especialmente la que asume caracteres amargos, que mientras su país no era conocido en Europa más que por las pinturas de Utamaro y de Hokusai, por las inimitables lacas, adorno de los grandes salones occidentales, o por las imágenes fascinadoras de la Gracia eterna y sonriente, la sabiduría y la política europeas consideraban al Japón como una tierra de salvajes. No carecían de inteligencia, se decía entonces, pero son un país semibárbaro. Añadía el diplomático, suavizando la mueca impenetrable de su sonrisa, que cuando los japoneses estuvieron en capacidad de construir buques de guerra a la moderna, cañones de largo alcance y sentaron plaza de ser grandes matadores de hombres, destructores en masa del género humano, la vieja Europa empezó a tratarlos como gente civilizada.

Europa gasta tiempo para enterarse y cuando se ha enterado procede como si en realidad estuviera todavía bajo el influjo de la ignorancia. Europa es un viejo continente y los viejos aprenden con trabajo, rehusan confesar que han aprendido y acomodan difícilmente su vida a las lecciones de la experiencia. El niño se quema una sola vez acercando la mano a la llama con ánimo de agarrarla. El hombre viejo padece muchas quemaduras morales antes de abandonar prejuicios, insinuaciones de la vanidad, falsas ideas heredadas, o verdades incompletas, que son las mentiras de vida más tenaz. Si el arreglo de la paz europea hubiese estado en manos de los niños, quiero decir, de pueblos jóvenes, el año 1924 no estaría empeñado todavía en sostener una guerra, no por ilusoria en sus resultados menos infausta para la civilización. La incapacidad del europeo para aprovechar las lecciones de la experiencia es una verdad desconcertante. Es inferior su inteligencia a la de los animales de comprensión media. Si el hombre o una calamidad menos ruda que el hombre, tal como un vendaval, una inundación o un incendio destruyen un hormiguero, las hormigas sobrevivientes emprenden sin demora la reparación de su guarida y no pasan días antes de que la obra esté concluida. El hombre destruye para su deleite la obra de la abeja en una hora de labor sistemática: la abeja gasta días para reponer el daño del hombre: pero por más complicada y perversa que haya sido la obra de destrucción, el insecto favorito de los naturalistas no vacila en emprender la renovación de su vieja morada con la tenacidad e inteligencia de la especie. El castor, menos complicado inte-

lectualmente que las hormigas y las abejas, colocado muy abajo por los naturalistas en la escala de los mamíferos inteligentes, repara sin demora los diques destruidos por la Naturaleza. Pero es fama que cuando llega a comprender que el daño no depende de la Naturaleza, sino que procede de la mano del hombre, abandona la idea de reparar sus habitaciones lacustres o fluviales, reniega de la vida en sociedad y se refugia en los bosques, dando así testimonio científico de que hay una especie entre los animales, cuyo poder destructor sobrepasa la diligencia del castor, su amor al orden y su predilección por la vivienda en diques y represas, forma de edificación imitada, sin duda, por nuestros antepasados, después de muchos siglos de observar la obra del diligente roedor.

El hombre de Europa, el descendiente hipercivilizado del hombre de Neardenthal, destruyó en cuatro años de siniestro guerrear muchos valores materiales y algunos de carácter moral que parecían indestructibles; menos inteligente que la abeja o la hormiga, en seis años no ha podido reparar el daño material; parece que ha perdido la esperanza de renovar o reemplazar por otros los valores espirituales que tiró por la borda en un momento de pánico y ésta es la hora en que el pequeño burgués de Francia, el nacionalista obcecado de Alemania, el moscovita arruinado y errante, el hombre de la City empeñado en consultar la tabla de intereses, obran y calculan como si amenazara una guerra para una época vecina. Hemos vuelto a la pesadilla de la guerra amenazante en la primavera siguiente que se iniciaría en los Balcanes y podría extenderse a toda Europa, como en efecto vino a suceder, a pesar del escepticismo de los mismos profetas.

El hombre europeo, el que con una falta desoladora del sentido del humor se clasificó en la historia natural con el apelativo de *sapiens*, no solamente es tardo en recibir las lecciones de la experiencia, sino que interpreta torcidamente las pequeñas verdades suministradas por la casualidad y muy a menudo por la pereza. Tal es el caso del Japón, según lo expuso la irónica sonrisa del astuto diplomático. Ni el arte del japonés, ni su concepto general de la vida fueron prueba de inteligencia ni de cultura para el europeo supercivilizado. Necesitaba otros elementos de juicio. Las máquinas de guerra se los suministraron a su turno.

Cosa parecida acaece con el Uruguay en estos Juegos Olímpicos porque vamos pasando. La inteligencia fundamentalmente impermeable del europeo había rehusado con empeño el impregnarse de una noción geográfica muy sencilla, expresada en tres palabras: «República del Uruguay». Era un país de la América Meridional, más pequeño que el Brasil, donde solía haber revoluciones. Los ingleses, más prácticos que los demás europeos, habían

logrado incrustarse en el cerebro, limitadamente hospitalario, la noción del Uruguay asociándola con un concepto más asequible y más sencillo: las lenguas de Paisandú. Ni aun con los brevarios de bondad y arte insuperable que escribió en lengua inglesa William H. Hudson, nacido, según se dice, en tierras del Plata, lograron los ingleses enterarse de la verdadera significación de este nombre lleno de fascinaciones irresistibles. Hudson, en el más bello de sus libros, haciendo protestas de patriotismo británico, da gracias a la sabia Naturaleza y al esfuerzo de las gentes del Plata que evitaron con empeño la conquista del Uruguay por los marinos y soldados británicos. Como resultó infructuosa la doble tentativa, los ingleses observaron su método histórico: se olvidaron de que habían codiciado esas regiones. Virtud incomparable de las gentes británicas, a la cual deben la mayor parte de sus éxitos. Ellos mismos lo dicen: «Somos duros de vencer, porque nosotros mismos no sabemos cuándo estamos vencidos».

Ni los libros de Hudson, ni los esfuerzos de los uruguayos en busca de la libertad política bastaron para traspasar el yelmo de triple espesor bajo el cual conserva el europeo sus antiguas nociones. El Uruguay ha hecho sorprendentes ensayos en asuntos sociales; con un vivo sentido de las realidades políticas modernas, ha modificado su Constitución; ha implantado reformas de trascendencia en su vida civil dignas de imitación y de elogio. En Europa seguían hablando de una República sudamericana de donde solían venir lenguas de Paisandú y cargamentos de cacahuete.

El ejecutivo plural era un tema ignorado: la nacionalización del seguro una utopía como hay tantas. La vida y las obras de José Enrique Rodó eran motivo de curiosidad para dos o tres literatos enfermos de la culta dolencia del exotismo. El Uruguay era casi desconocido: como el Japón cuando ostentaba las obras de sus mejores pintores; pero un día inesperado el Uruguay mandó a Europa sus jugadores de football: un trabajo de preparación científica, desarrollado de acuerdo con las finalidades en mira, una disciplina en que se aúnan la capacidad de reaccionar individualmente sin perder de vista las exigencias del empeño colectivo; la implantación del sistema cooperativo en el desarrollo de un hermoso deporte, les dieron a los uruguayos un triunfo completo en los Juegos Olímpicos de París sobre adversarios no menos preparados. Desde ese momento el Uruguay, como el Japón, ha venido a ser un pueblo civilizado. Ha venido a mostrar, como los nipones, que por medio del esfuerzo organizado puede vencer al hombre de Neardenthal, y con esfuerzo menor, pero más laudable, que la batalla de Mukden, ha ocupado un puesto en la imaginación obesa y asmática del *homo sapiens* que en seis años no ha sido capaz de restablecer la paz en un mundo quebrantado por todo género de miserias físicas, ni ha logrado comprender a fondo el pensamiento que presidiera a la creación de la Sociedad de Naciones.

Pero hay más aún. La prensa inglesa del momento, analizando el resultado de los Juegos Olímpicos recientes, llega a la conclusión de que, en efecto, este certamen, lejos de contribuir, según se esperaba, a estrechar los lazos de amistad entre los pueblos y morigerar las asperezas de los varios nacionalismos europeos, ha venido a exacerbar las diferencias entre pueblo y pueblo. La misma prensa explica el éxito dudoso de los Juegos Olímpicos, por medio de consideraciones llenas de candor y no exentas de orgullo ofendido. Los Juegos Olímpicos, dicen los diarios de Londres, han tenido el resultado de exasperar las diferencias de pueblo a pueblo, porque los latinos, los eslavos, los orientales ignoran las actitudes que debe tomar el vencido. Solamente los ingleses saben sobrellevar la derrota. Los latinos carecen del sentido del humor en

la cantidad requerida para soportar con buena cara los golpes de la suerte.

Todas estas psicologías estarían en su puesto si los ingleses no hubieran tomado parte en los Juegos; pero, vencidos como han sido en muchos juegos, o vencedores, como han resultado en otros, este género de observaciones, al acabar el certamen; estas insinuaciones acerca de la conducta del adversario vencedor o vencido, delatan justamente en los ingleses la carencia de humor señalada por ellos en la gente latina y la incapacidad de poner buena cara ante el vencedor en franca lid. Es como si dijeran: «Tú no puedes dolerte de haber perdido porque eres latino; ni te está permitido ostentar tu victoria, porque no eres sajón: nosotros, siendo ingleses podemos, al terminar la partida, hacer consideraciones desobligantes sobre el juego de nuestros adversarios, sin recurrir por eso en el reproche de no ser *sportmen*».

B. SANÍN CANO

Madrid, agosto de 1924

## Pies y cabeza

(De *La Voz*, Madrid.)

LA derrota de los futbolistas españoles en París ofrece ocasión al observador de las costumbres para hacer algunas reflexiones. Lo de menos es que hayan perdido, si han jugado bien, como parece. El afán excesivo de vencer está amenazando despojar a los deportes de su nobleza. En el código moral y estético del deportista, la regla debe ser esforzarse en jugar bien antes que esforzarse en ganar. Ganar es el premio del buen juego, si no se interpone la fortuna.

En esto consiste la nobleza de los deportes puros, que se practican por aficionados y no por profesionales, lo cual significa que está excluida de ellos la utilidad. En las competencias en que interviene la utilidad, la lucha es áspera y el fin se impone a los medios, a pesar de las restricciones morales. La moral del procedimiento está muy en peligro en tales contiendas. Mas una actividad desinteresada como el deporte debe aspirar a la perfección más que al éxito. Su recompensa está en sí misma. Es ante todo juego, procedimiento. De ahí el culto, teórico al menos, al *fair play*, al juego limpio y leal, que resulta empañado cuando se pone en el ejercicio demasiado apasionamiento por el resultado. Se desnaturaliza el sano espíritu del deporte cuando los campos de juego se convierten en campos de Agramante, en que la vanidad nacional o regional o las simpatías hacia un grupo alteran la imparcialidad del espectador y la que también deben tener los árbitros y los jugadores mismos.

La fiebre de los deportes ha invadido el mundo y ha llegado a España antes y mejor que otras influencias internacionales más importantes. Ya en los periódicos las planas deportivas ocupan mayor espacio que la crónica de las corridas de toros. El comercio de los artículos de deportes ha adquirido un desarrollo considerable, y, como se ha hecho notar muchas veces, porque es un hecho de evidencia inmediata, los chicos juegan al fútbol en vez de jugar al toro, mostrando las aficiones de la nueva generación. Juegan hasta con exceso. No se puede dar un paso por las calles sin tropezar con un partido, en que los hombres de lo por venir, con la imprudencia propia de la infancia, convierten en estadio la vía pública. ¿Qué debemos pensar de esa afición o manía de los deportes, particularmente del fútbol? No debemos lamen-

tar demasiado que prevalezcan sobre los juegos indígenas los juegos internacionales. La pelota vasca es más elegante, más espiritual y acaso más higiénica que el fútbol; pero el fútbol es un juego internacional, y es útil entrar en las comunidades internacionales, aunque sean secundarias, como las comunidades de deportistas. Debemos cultivar el humanismo, lo universal. Nos sobra espíritu de tribu. Una de las manifestaciones de nuestra decadencia fué aquel afán de ponerse al margen del mundo, que se tradujo durante la guerra de los cuatro años en el culto de la neutralidad, de la indiferencia, elevada a máxima virtud.

Los deportes al aire libre producen un efecto saludable. Cultivar el músculo y cultivar el pulmón le conviene mucho a un pueblo depauperado, que da un gran contingente de tuberculosis y de cuya miseria orgánica pueden ofrecer idea las medidas torácicas que se observan al hacer los reconocimientos para el servicio militar.

Los deportes fomentan la limpieza personal. El ejercicio al aire libre obliga dar al agua la debida importancia. Es otro resultado importante. Si el fútbol hiciese languidecer la afición a las corridas de toros o la substituyese, le deberíamos un eminentísimo servicio. Se habría cerrado una escuela de crueldad unida a la astucia, y a la vez de monotonía. Una corrida de toros es, sin duda, un espectáculo más brillante y más pintoresco que un partido de fútbol. Lo sería también una lucha de gladiadores o de bestiarios en un circo a la antigua; pero estos son espectáculos de decadencia, artísticos, pero inhumanos.

Con todo, no conviene que la afición a los deportes se vuelva demasiado absorbente. No hay que sacarla de los justos límites de un juego. El juego debe ser un intermedio y una diversión del trabajo. El fútbol es el triunfo de los pies. Importa más cultivar la cabeza que los pies, sobre todo en España, donde se invierte a veces la relación entre esas partes y donde, según la estadística más reciente, hay una proporción de 45,46 por ciento de analfabetos en la población mayor de seis años. El deporte que más conviene desarrollar entre nosotros es el de la lectura.

ANDRENIO

## El Canal Interoceánico Nicaragüense

(De *El Espectador*, Bogotá).

LA Casa Blanca tomó en 1884 decidido empeño en proteger a la Compañía del Canal Nicaragüense, presidida por Mr. Davis y por el ingeniero don Aniceto Menocal, y compuesta de poderosos millonarios. A la sazón era yo enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de Guatemala, El Salvador, Honduras y Nicaragua, casi unificada la representación centroamericana en Washington. Mr. Frelinghuisen, honorable secretario de Estado, me presentó un proyecto sobre el Canal que tanto le preocupaba. Entre las varias cláusulas, recuerdo dos que ofrecían muy serias dificultades. Era la primera, la que concedía a los Estados Unidos, en propiedad perpetua y con dominio eminente, una faja de tierra o del territorio nicaragüense, de ambos lados del Canal; y la segunda cláusula, que estipulaba alianza ofensiva y defensiva entre los Estados Unidos y Nicaragua, dándole a esta República cuatro millones de dólares para sus gastos, o más bien para lo que sus gobernantes quisieran hacer con ese dinero. Tal alianza constituía una amenaza para los demás Estados del Istmo.

Yo consideré que la cesión de territorio centroamericano era un acto del cual no podía hacerme responsable, ni tenía, por otra parte, el Gobierno de Nicaragua facultad constitucional para desmembrarlo, a la vez que no convenía aquella alianza amenazadora.

Tuve que negarme enérgicamente a suscribir el tratado y renuncié la representación de Nicaragua; pero el gobierno no me admitió mi dimisión, sino que dispuso mandar, como ministro especial para el caso, al general don Joaquín Zavala, caballero de gran prestigio en su tierra, ex Presidente de la República, jefe conservador, y ya entrado en años, con rubicunda tez y cabellos blancos; pero sin saber inglés, ni tener nociones diplomáticas.

Auxilié al general, en cuanto era compatible con mis opiniones, y pasadas varias conferencias que tuvo con la Secretaría de Estado, me indicó su resolución de suscribir el tratado tal cual estaba escrito.

Después de exponerle claramente los inconvenientes que presentaba, le dije: «Lo que va a suceder es que el Senado, compuesto en su mayoría de demócratas, reprobará dicho pacto. Entonces, sin la aureola del éxito, que en política significa mucho, le quedará a usted y al Gobierno de Nicaragua el estigma de haber pretendido ceder parte del territorio de Centro América, sin que el Canal llegue a realizarse. Yo he hablado con muchos de los senadores y puedo garantizarle lo que ahora le digo». Zavala no prestó crédito a mis palabras y firmó aquel tratado.

Me ví en el caso de ir a Guatemala y expliqué al General Barrios todo lo ocurrido, trayendo ya un cablegrama en que se anunciaba la reprobación por el Senado del famoso convenio del Canal. Cuando hablé largamente con don Rufino Barrios sobre este importante asunto, recuerdo que se paseaba por su sala, y de repente me dijo: «¿No cree usted que venga otro Senado que pueda aprobar esa convención?» «De pronto», le contesté, «es claro que no; pero con el transcurso de los años, es muy posible que la celebren otra vez, y que los nuevos senadores le den su aprobación, ya que es mucho el interés que tienen en que se haga el Canal y más que nada en evitar que otra potencia lo lleve a efecto». Continuó sus pasos, silencioso, el Presidente Barrios, y súbitamente me dijo, poniéndose la mano en la frente: «¡No sucederá tal cosa!» No pude comprender cuál sería el motivo de semejante

### Revista de Filosofía

CULTURA, CIENCIAS, EDUCACIÓN

Publicación bimestral dirigida por

JOSE INGENIEROS y ANIBAL PONCE

Aparece en volúmenes de 150 a 200 págs.

Estudia problemas de cultura superior e ideas generales que excedan los límites de cada especialización científica.

Suscripción anual: 10 \$ moneda argentina  
Exterior, » 5 \$ oro.

Redacción y Administración

Belgrano 475 — BUENOS AIRES

confianza, porque no explicó nada más. Esto pasaba el 10 de diciembre de 1884, a las 10 de la mañana. El 28 de febrero de 1885, se decretó la Unión Centroamericana, y hubo un inusitado júbilo. Cuando llegué a felicitar al General Barrios, me dijo: «Ahora ya no habrá Senado que ratifique aquel convenio del Canal. Centro América unida verá lo que le convenga...»

Entonces comprendí que la idea que había concebido al decirme, pocos días antes: «¡Eso no sucederá!», era la idea de la Unión de Centro América. No fueron, pues, móviles de interés personal, ni de ambición de mando los que tuvo el General Barrios. Fué un pensamiento patriótico; quiso evitar la desmembración del suelo de la patria y eximir a Guatemala de verse amenazada por la alianza ofensiva de Nicaragua con los Estados Unidos.

Pasaron los años, olvidóse el tratado Frelinghuisen-Zavala, y vino recientemente a aparecer el tratado Bryan-Chamorro, que es casi el mismo en sus alcances y estipulaciones. Excuso comentar los males que ha causado en la política de Nicaragua y sólo recuerdo que el sabio Valle—cuando se trataba del canal interoceánico, allá en el Congreso de las Provincias Unidas del Centro de América, en el año de 1823—profetizó que ese asunto acarrearía al país grandes dificultades, si no se manejaba con sagacidad, prudencia y sabiduría.

ANTONIO BATRES JAUREGUI

## La estrella de Ginebra

(De *La Libertad*, Madrid.)

**H**ERRIOT y MacDonald —dicen los periódicos de París— han sido saludados en Ginebra como los fundadores de un orden nuevo. Afírmase la esperanza de que un nuevo orden de cosas va a establecerse en el mundo. Y no lo olvidemos. Tras varios años de Gobierno, las derechas europeas fracasaron desastrosamente en la obra indispensable de reparar los inmensos estragos de la última guerra y asentar sobre bases sólidas la paz duradera y la civilización del porvenir. Son las izquierdas de Inglaterra y de Francia, los socialistas, los radicales—ilos socialistas!... ilos radicales!... ¡Oído bien, sesudos varones conservadores que los desdeñábais por *utopistas* o los perseguíais como *revolucionarios!*...—son ellos los que ahora, al frente de los dos grandes Estados democráticos, demuestran que, no sólo saben mantener el orden, sino crear el orden nuevo que haga salir a la Humanidad de entre las ruinas. Recordemos al viejo Proudhon... «¡La creación del orden!...»

¿Qué va a salir de esta Asamblea de la Sociedad de Naciones? Por de pronto, cualquiera que sea el resultado, alabemos los métodos. Comparemos la rígida política de Poincaré, apoyado por la extinguida Cámara nacionalista, repudiando las Conferencias internacionales públicas y defendiendo la necesidad de volver a los usos tradicionales de la vieja diplomacia, con ese Parlamento de Naciones reunido en Ginebra, donde los primeros ministros de las grandes potencias debaten los problemas del desarme ante los taquígrafos de la Prensa mundial y el aparato de la radiotelefonía.

¿Se llegará al desarme de los Estados? No hay que forjarse excesivas ilusiones. Pocos países se avendrán, hoy por hoy, a seguir el ejemplo del Gobierno socialista de Dinamarca, que propone al Parlamento la supresión completa de todo su Ejército de mar y tierra, dejando sólo unos miles de policías para guardar el orden público. No todas las fronteras podrían quedar, de golpe, como

la frontera entre los Estados Unidos y el Canadá, inmensa linde jurídica que no defiende ni una sola fortificación, ni un solo centinela...

Eso sería por ahora un sueño. Y sólo se debe soñar cuando se sabe que se sueña. Sabiendo que soñamos, según Renan aconsejaba, parece que si se reúnen los representantes de las naciones, como en estos momentos ocurre, y todos, sin excepción, dicen que desean la paz, y afirman, sin excepción, todos, que les agobia lo excesivo de sus actuales armamentos, no sería absurdo imaginar que acabasen por ponerse de acuerdo, cual seres dotados de razón, para llegar a un desarme general y someter en lo futuro sus discrepancias a un fallo menos ciego, costoso y sangriento que la suerte de la guerra. ¿Es ello absurdo? ¿No fué absurda, por el contrario, la guerra europea, en la que millones de hombres murieron, sin que el mundo haya visto aún el fruto de este colosal sacrificio, ya que, si no murieron precisamente para que el derecho sustituyera a la fuerza en la vida internacional, entonces la última guerra careció de valor universal y de sentido histórico?

Pero no soñemos. Sobre el terreno de la realidad, paso a paso, los hombres de Ginebra, espiritualmente acaudillados por MacDonald, el laborista, y por Herriot, el radical-socialista, tratan de conseguir la reducción general de los armamentos y las garantías de una seguridad pacífica para los pueblos.

La tarea es difícil. Todos juran que no serán jamás agresores. Todos sostienen que pueden ser mañana agredidos. ¿Quién disminuirá el primero sus pertrechos bélicos, sus medios de defensa? Se habría dado un gran paso para el porvenir, así lo ha comprendido Ramsay MacDonald, si se determinase de un modo inequívoco para cada posible conflicto internacional, quién es el agredido y quién es el agresor. Se ha pensado en convertir cada frontera en una zona o faja de terreno neutral, considerándose agresor el que primero la invadiera. Se ha propuesto después instituir el arbitraje obligatorio, siendo agresor entonces el que no acepte el fallo del Tribunal internacional de Derecho. En cualquier caso, el agresor concitaría contra sí, por de pronto, la hostilidad moral del mundo entero; quizás mañana, la coacción material eficaz de una Sociedad de Naciones.

Sí. De todas suertes, la tarea es difícil. Pero la luz se va haciendo poco a poco, y viene ahora de esa ciudad de Ginebra, donde tienen una secular tradición la idealidad ética y la libertad política. Recordaba Jaurés en una página inmortal la descripción clásica de la caída de Troya. Mientras en el palacio de Príamo, entre sangrientos escombros, se escuchan los gritos de horror y los desesperados lamentos de los heridos que agonizan, hasta en las mismas gradas de los altares domésticos, allá arriba, a través de las derruidas techumbres, brillan, serenas, las estrellas de oro... Siempre una estrella ideal se ha levantado sobre las tragedias humanas, anunciando la paz a los hombres de buena voluntad. Hoy, sobre las ruinas de media Europa, es en Ginebra donde la estrella de oro resplandece...

LUIS DE ZULUETA

### Obras de Alfonso Reyes

Hemos recibido para la venta 10 ejeps. de cada una de las siguientes:

*El Plano Oblicuo* ..... Precio € 2.50  
*Simpatías y Diferencias* (Cuatro series) Precio de cada serie » 2.50

**Lector:** Si quiere usted proteger eficazmente al *Repertorio Americano*, suscríbase! Las cuatro entregas mensuales: € 2.00.

# Abejas milenarias

(De Revista de Occidente, Madrid).

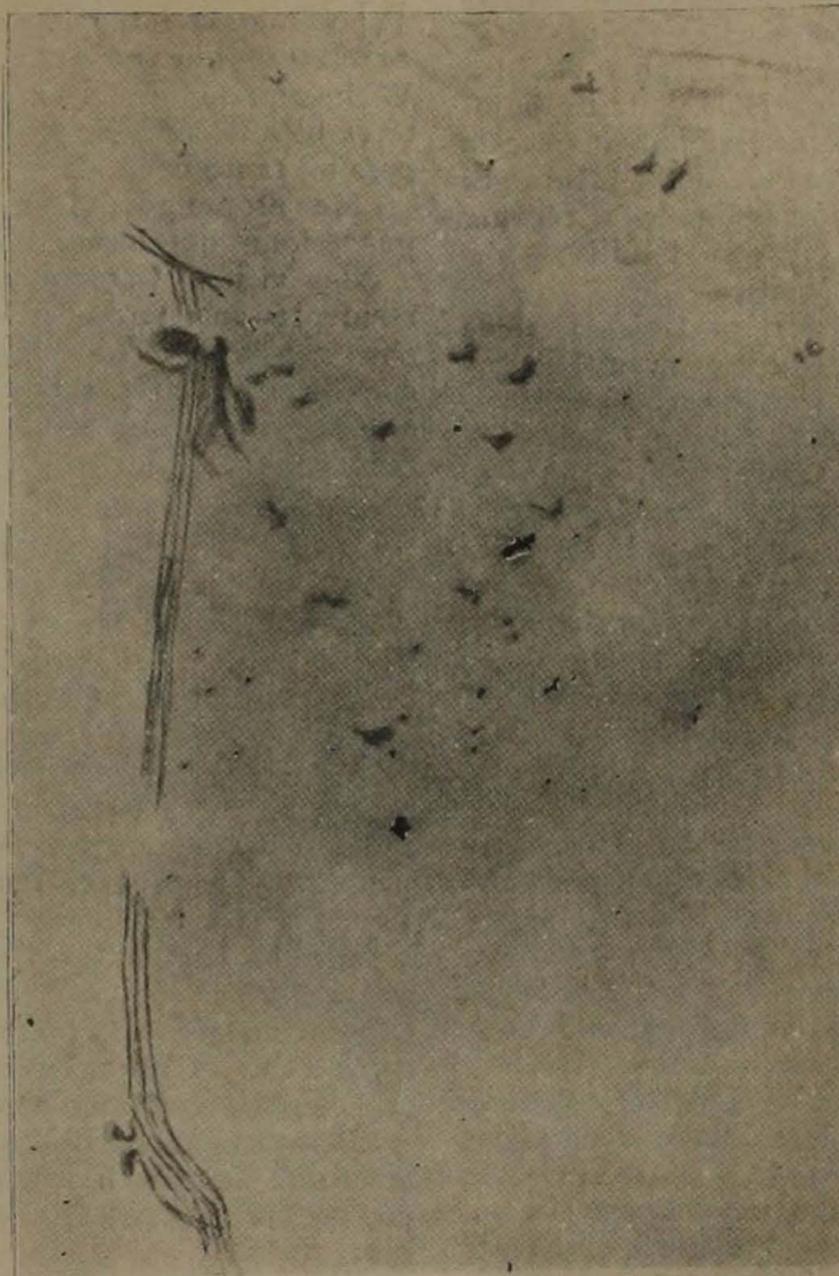
EN la Exposición de Pinturas Rupestres que hace un par de años organizó la Sociedad de Amigos del Arte, nada sorprendió tanto, junto a los grandes frescos de Altamira, como la escena que va aquí reproducida<sup>(1)</sup>. Un hombre colgado en una escala trenzada con materias vegetales castra una colmena alojada en un agujero de la roca. Asustadas por la intrusión, vuelan las abejas en torno al cazador. El dibujante primitivo ha sabido interpretar este vuelo con tal gracia impresionista que al cabo de milenios, conserva todo el estremecimiento y la dispersión azorada del original. Esta perduración de un encanto estético subyuga con vago pavor místico. La persistencia al través de los cambios, el poder extraño de flotar sobre las tormentas de los siglos provoca en el espíritu una reacción de estupor favorable a las emociones mágicas.

Pero aún es más conmovedora esta misteriosa perduración cuando lo que pervive no es sólo el encanto artístico de una imagen, sino que, como en el caso presente, subsiste la realidad misma que la pintura primitiva refiere.

Poco tiempo después de visitar aquella Exposición tropecé en una de mis lecturas etnológicas con la descripción de una escena idéntica que todavía acontece<sup>(2)</sup>. Fijar la atención sobre ello puede ser de alguna utilidad para los prehistoriadores. Se trata, en efecto, de un caso ejemplar que manifiesta la fértil reciprocidad existente entre la prehistoria y la etnología, ciencias ambas tan características de nuestro tiempo.

La relación en que se hallen las maneras primigenias de humanidad, perescrutadas por la prehistoria, y los pueblos «salvajes» del presente será siempre problemática. No falta quien con graves razones considera las razas primitivas actuales como casos de degeneración, en tanto que el prehistoriador suele encontrarse con restos maravillosos que arguyen una genialidad matinal de la especie humana. Esto invita a mantener diferenciadas la prehistoria y la etnología, a modo de dos idiomas distintos pero dispuestos en todo instante a traducirse mutuamente. En el caso de ahora, la coincidencia de ambos lenguajes es perfecta, y la pintura vetustísima queda explicada sin resto y sin sutilezas por el hecho actual.

Ello acontece entre los Veddas de Ceilán, que son una de las razas de vida más elemental entre las conocidas.



Viven en pequeñas hordas de ocho o diez individuos, cada una adscrita a un distrito de caza, que es respetado por las demás. No existe entre ellos estructura alguna de Estado, y la familia misma carece de regulación. El hombre suele casarse con su hermana menor y sólo, según parece, le está prohibido el enlace con la mayor o con las hermanas de su madre. No conocen la guerra y carecen del síntoma bélico por excelencia que es el arma defensiva —el escudo. No se reúnen en fiestas colectivas, y cuando alguno muere no se le entierra, sino que queda abandonado el cadáver y la horda huye. Ignoran toda autoridad. Existe sólo el predominio efectivo de la personalidad más vigorosa, física o moralmente. Pero esta superioridad real de un individuo no se ha solidificado en el oficio genérico y perdurable de una magistratura. A veces, la persona más influyente por ser la más vivaz es un mujer.

La configuración del territorio es una serie de valles silvanos que irradian de una sierra, coronada de rocas donde abundan las cuevas. La

vida de estos hombres está regida en su ciclo anual por los animales de que se alimentan, ciervos principalmente. En el período de las lluvias —Octubre, Noviembre y Diciembre— la caza abandona el valle y sube a la sierra. Los Veddas siguen dócilmente la emigración de las bestias y ascienden a la región rocosa, donde hallan cavernas naturales. Como el número de éstas es inferior al de las hordas, acontece que se alojan en una varias de éstas. Pero es un fenómeno de alta significación para entender la psicología del hombre primitivo que, a pesar de vivir en la misma concavidad durante tres meses del año, no se traba entre las hordas nexo alguno perdurable que inicie una forma superior de organización. Cuando el invierno pasa, las hordas descienden a sus parques de caza y no vuelven a verse ni casi a saber las unas de las otras. El comercio entre ellas es nulo y el que ejecutan con las tribus singalesas próximas es del tipo que se ha llamado silencioso. El Vedda que necesita algún producto singalés deposita en la linde del territorio una porción de carne. A los dos o tres días encuentra en su lugar el producto apetecido.

Sólo hay un momento durante todo el año en que el atomismo de las hordas vive una hora de organización casi estataria. En ese momento surge una autoridad, una magistratura que inmediatamente vuelve a volatilizarse. Es la ocasión que la pintura rupestre a que se refieren estas notas declara con sus formas mudas.

La abeja índica labra sus colmenas en la roca y preferentemente en las oquedades y entrantes de ella guare-

(1) Hemos hecho esta reproducción sobre la magnífica copia ejecutada bajo la dirección del prehistoriador Sr. Hernández-Pacheco, a cuya generosidad quedamos agradecidos.

(2) Sarrasin - *Die Veddas von Ceylon*. Seligman - *The Veddas*.

cidos de la lluvia. Por un agudo instinto terapéutico, estos salvajes comedores de carnes fuertes sienten un gran apetito del alimento complementario, la miel, rica en hidratos carbónicos. Pero la obtención del delicioso manjar es sobremanera peligrosa y exige cooperación. Los panales se hallan en las paredes de las rocas cortadas a pico. Es preciso descolgarse sobre el vacío para extraerlos y exponerse a la picadura innumerable de estos ápidos, que es sumamente dolorosa. Hace falta un hombre muy resuelto, un héroe, que se desliza por una escala vegetal mientras otros sostienen ésta desde la altura. Si titubean y abandonan el peso, están obligados a recoger la familia del periclitado—única ley sobrefamiliar existente en esta civilización protoplasmática.

La escena, según es descrita por los viajeros, tiene un carácter patético no exento de gestos wagnerianos. Acontece en las noches borrascosas de la estación. En la frente de las rocas florecen incendios rituales para aplacar el demonio del abismo—que según creo, es de sexo femenino. Suenan cantos religiosos de dramática resonancia que animan a los héroes prestos a la hazaña. El protagonista desciende por las febles sogas, se sume en la tiniebla. Lleva un poco de yerba húmeda ardiendo a fin de estupefacer a las abejas con el humo. Cuelga de su hombro al flanco un saco donde va a recoger la miel. El viento bronco silba en las aristas de la piedra y hace bambolearse sobre el vacío al hombre y su escala.

Cuando victorioso torna a la cima, tiene el derecho de repartir la miel y reservarse la parte mejor. Este oficio de distribuir, es la única magistratura que conoce, y eso fugazmente, la sociología de los Veddas.

Compárese con esta descripción la figura rupestre. La coincidencia es perfecta. Además, la región levantina donde existe, tiene una configuración pareja a la que presenta el territorio central de la isla Índica.

La vida del salvaje vedda posee un repertorio reducidísimo de actos, ideas, sentimientos. Puede decirse que está polarizada por los dos signos de la abeja y el ciervo. Esta simplicidad tiene un valor inestimable para la ciencia, porque si algún día deja de ser la historia el cuento de viejas que todavía es, se deberá al descubrimiento de leyes específicas que rigen los movimientos colectivos como las mecánicas imperan la inquietud de los astros. Ahora bien, es vano pretender que esas leyes se nos revelen investigando las edades de vida más compleja que nos son más o menos próximas. La única probabilidad de su descubrimiento se esconde en el estudio de las formas más primitivas, más elementales de la existencia humana. No ha habido física hasta que apartando la vista de la pavorosa complicación del mundo, le ocurrió a Galileo analizar los fenómenos más sencillos—una bola que rueda sobre un plano inclinado, un péndulo que oscila bajo una bóveda. De esta suerte fué descubierto el abecedario de los movimientos que luego en sus complicaciones sintáxicas forma el gran párrafo de la astronomía. Esperamos un Galileo de la historia y nos resistimos a aceptar que la hipótesis del libre albedrío, aunque sea bien fundada e inexcusable en Ética, obture el paso hacia un sistema de la Historia, construcción que como ninguna otra, es postulada por los nervios de nuestra época.

JOSÉ ORTEGA Y GASSET.



## Impresiones de arte

(En el MUSEO METROPOLITANO DE ARTE, de Nueva York, 1924.)

No tengo la intención de hacer un inventario de los tesoros que encierra el Museo Metropolitano de Nueva York, uno de los más grandes y ricos del mundo. Esta tarea bien la cumplen catálogos y guías, y sería fastidiosa, para mí tanto como para el lector.

Me propongo únicamente manifestar algunas de las impresiones que he sentido, como un simple comentario a estas visitas (lamentando que nuestros compatriotas residentes en esta ciudad no las practiquen también) hechas con la devoción sincera de quien, si no ha podido consagrarse al arte, sabe sentir, por lo menos, su belleza dominante y subyugante con todas las fuerzas de su corazón.

### I.—El Museo

El edificio del Museo, palacio soberbio, digno templo para el culto a que se destina, está situado en el Parque Central, frente a la Quinta Avenida, y opuesto a la calle ochenta y dos. El Museo es una corporación privada, pero el edificio lo construyó la ciudad. Se abre a las diez de la mañana, y es cerrado a las cinco de la tarde. Buen número de empleados, uniformados, hace vigilancia en todas las salas; a la entrada, hay un puesto en donde se venden guías, catálogos, postales, etc., es decir, se adquiere una completa orientación para las visitas. Dos o tres veces por semana, se dan conferencias sobre temas en relación con los objetos que posee el Museo. La entrada a éste es libre, excepto los lunes y los viernes, en que cuesta veinticinco centavos.

Para comodidad de los visitantes, así como de los pintores que siempre hay copiando lienzos famosos, y para uso de los empleados, el Museo tiene su propio restaurante.

Hay, por supuesto, oficinas de la dirección y empleados superiores, y una organización perfecta en cuanto al servicio en general, pues se maneja el Museo con la misma disciplina que cualquiera casa de negocios.

### II.—La antigüedad

Al poner el pie en la gradería de entrada, la Quinta Avenida, con sus miles de autos y su animación febril, parece retroceder, y quedar a centenares de kilómetros de distancia. Desaparece Nueva York, con sus ansias del dollar, con su vida gigantesca y anónima, con su faz cosmopolita, y se está en presencia del arte, de lo sagrado, de lo que representa la vida de los pueblos, en infinita sucesión a través de las edades, de lo que forma la personalidad con que las naciones dejan, por toda señal de su poderío y de su grandeza: un nombre, que tiene de glorioso lo que fué consagrado a la belleza, a la personificación de ese anhelo vago y sublime que siente la humanidad dentro de sí desde la más remota época, de liberrar su espíritu, en cristalizaciones que fueron mármol y verso en la Grecia divina, pirámides y templos en el Egipto misterioso, águilas vencedoras en la Roma imperial.

Aquí, ante los despojos de cada una de las civilizaciones pasadas, reviven ante la imaginación las edades preteritas, en que cada nación llenó con su nombre el universo un día, sin saber que su fuerza portentosa habría de caer bajo el peso del tiempo, eterno nivelador; sin conocer que sólo quedarían de su esplendor fastuoso los recuerdos, guardados como esencias en las ánforas grá-

ciles, como enigmas en las esfinges enigmáticas, como añoranzas melancólicas de un pasado mejor en la orgullosa silueta de los arcos triunfales...

Ya como un indicio de paz, de quietud, he visto las palomas, posadas sobre los frisos de la fachada. Y al entrar, el silencio religioso de las salas es un dulce reposo después del ruido continuo y ensordecedor de la calle.

Ved: aquí está el Egipto fabuloso...

### III.—Egipto

La primera cosa con que tropieza la vista, es una tumba, (de Perneb), de la quinta dinastía, se calcula que unos dos mil seiscientos cincuenta años antes de Cristo, y descubierta en Menfis. Luego, toda clase de objetos, necesarios a la vida religiosa y a la privada, algunos de los cuales se cree pertenecen a las primeras dinastías, período pre-histórico, mal conocido, y más de cuatro mil años anterior a la era cristiana.

Esto os produce curiosidad... Pero la atracción, el hechizo, está en estas momias, sacadas por manos profanas de sus sueños milenarios, y que parecen interrogaros con los ojos extraños de sus máscaras... Poco a poco, el silencio que os rodea os retrotrae en el tiempo, y sentís la fascinación del ambiente lejano de los siglos; el Nilo, recibiendo el saludo gracioso de las palmas; el viejo Faraón, rumiando su nostalgia de placeres nuevos y desconocidos; la Esfinge taciturna, las pirámides, recortando sus líneas de piedra sobre el incendio del atardecer...

Ramses, los Tolomeos... Los reyes, ebrios de sangre, mas que de vino, robando, sin embargo, las horas al placer o la matanza para descifrar con los hierofantes los hondos misterios de la cosmogonía...

Y, por último, Cleopatra enjaya su muerte con una perla, que, al diluirse entre el veneno, quizá pareció una lágrima...

Luego, ved los objetos preciosos de la *toilette*. La vanidad es tan vieja como el hombre, y de seguro la primer mujer buscó la piedra más pulida para tratar de verse, ya que no podía llevarse con ella el movable espejo de las aguas.

Y, en tanto los reyes hacían pirámides y templos, las princesas tenían estas filigranas de oro para adornarse, estos vasos delicados para las esencias raras, estas mil y mil cosas que equivalen a las que hoy tiene en su tocador la más gentil dama de nuestros días; con la diferencia de que aquéllos son de alabastro, y los modernos de cristal. En otra sala, hay ocho grandes estatuas en diorita de Sekhmet, diosa de la guerra, procedentes del templo de Karnak; son notables, porque en ellas los rasgos animales y humanos de su cuerpo de mujer con cabeza de leona están esculpidos con naturalidad magistral.

Una obra bella, es la estatua de un faraón, trabajada en diorita, y representándolo en forma de esfinge, como de un palmo de tamaño. También llaman la atención pequeñas estatuillas de las divinidades: Horus, Anubis, Osiris, muestran sus simbólicas figuras, en las que la erudición moderna no alcanza a ver más que grotescas y primitivas representaciones de ideas que fueron tan profundas y tan vivificantes como las aguas del Nilo en sus crecientes...

Hay varios otros sarcófagos; y, como guardianes eternos de su reino, que vive siempre a pesar de su sueño de milenios, dos gigantescas estatuas de granito de Menephtah, el Faraón del Exodo, tienen en la impasibilidad de su gesto y en la expresión rara de sus ojos cierta atracción misteriosa que os persigue como un hechizo...

Réstame decir que, para complemento de todas las colecciones, hay numerosas y magníficas fotografías y planos, y, en el Parque, al lado Oeste del edificio, un obelisco que alza su vertical como un reto al tiempo y al espacio...

### IV.—Grecia

Del Egipto, pasamos a Grecia y Roma. He aquí, pues, como dijo el poeta, «la clásica era»...

Grecia es la llave de oro que abre el santuario de la belleza, del arte y del pensamiento, poderes luminosos que enseñan al hombre el secreto de la vida, bajo el doble aspecto de la forma, y de la idea, con el encanto sereno de la canción. Cada verso es una enseñanza, cada mármol un símbolo; la humanidad, ingenua y niña, despierta de su sueño como en un cuento maravilloso, y en el afán de su lucha, llega a encontrarse a sí propia por la filosofía. Palas, Athenea, al dar al hombre el conocimiento, torna-se diosa, no sólo de la ciudad-luz, sino de la humanidad...

Oh, Grecia amada e inmortal, estrella de este cielo interior en donde nuestro más íntimo yo busca sin cesar el secreto torturante del vivir... Tú brillas en las almas con el mismo fulgor sagrado con que reverberaba, «en la pureza del ambiente sereno la lanza de oro de la Minerva del Acrópolis»...

Aquí están los objetos del hogar y del templo: ved, la copa (kylix) para la libación, y el recipiente (lekythos) para el aceite del altar. Ved las cráteras en que el dulce néctar, presente de Baco, recibe el bautizo cristallino del agua. Ved las ánforas, modeladas en los cuerpos de mujer; con la gracia serena de sus curvas, con la pureza majestuosa de sus líneas.

Ved los anillos, los adornos femeninos, las terracotas bellas, las tanagras gráciles y delicadas, en que el espíritu parece encontrar su delicadeza alada...

Ved a los dioses, bellos en sus mármoles como en sus leyendas: Apolo, juvenil, con divina juventud eterna, preside su coro albo, mostrando a la significancia moderna todo el esplendor de aquellas razas maravillosas, hermosas de cuerpo tanto como de alma. Todo el hechizo helénico está aquí, y lo sentimos con la misma fuerza que en aquellas edades, en que «los habitantes del Olimpo bajaban a confundirse entre los hombres».

Ved los vasos, adornados con las escenas de la vida diaria: ved los mitos encantados, las ceremonias litúrgicas, la fiereza de la guerra, el rápsoda que narra los hechos al son de la lira. La sombra de Agamenón, la de Aquiles, toda la epopeya renace al conjuro de esta arcilla que fué laborada bajo un cielo purísimo, ritmando el trabajo de las manos sabias con la cadencia de los versos inmortales...

La escultura, documento principal en la historia de la nación privilegiada, tiene en estas salas hermosos ejemplares, unos originales, otros correctas reproducciones de los que en museos de otros países se guardan. Sátiros, ninfas, las Venus perfectas, los grupos mitológicos, prestan sus desnudeces a la afición de numeroso grupo de jóvenes artistas, que procura copiarlos lo mejor que puede, y a la vez presenta curioso contraste con su movilidad bulliciosa a la grave serenidad de los modelos.

Y, entre todas las estatuas, me cautiva la de Eirene, diosa de la paz, copia romana de la famosa de Atenas, encontrada descabezada y sin manos. He aquí, pienso, un símbolo completamente moderno de la tan decantada paz...

RUBÉN YGLESÍAS HOGAN

# Juan Crisóstomo Lafinur

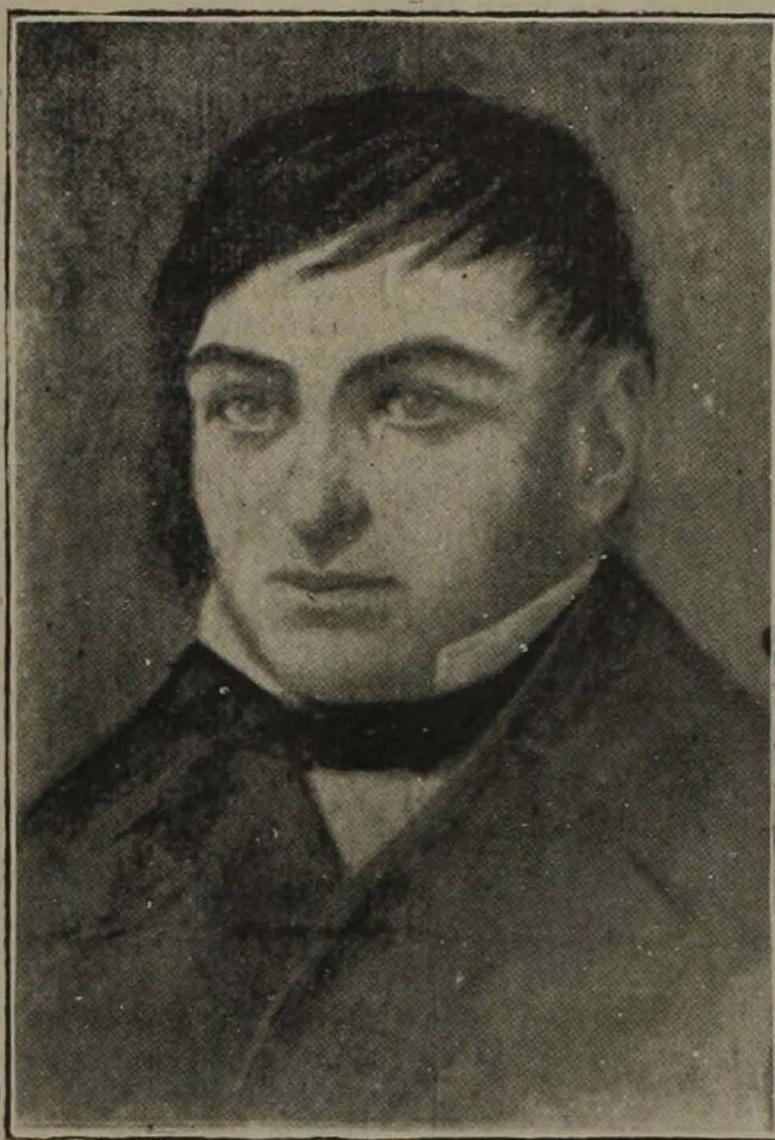
(De Nosotros, Buenos Aires).

Señores:

Conmemorar -- como lo hago en representación del Concejo Deliberante -- a hombres como Juan Crisóstomo Lafinur, es un deber que se cumple con agrado. Conmemoramos a un tierno poeta, a un maestro innovador y valiente, a un espíritu libre. Todo ello tronchado en plena juventud, a los veintisiete años, cuando el árbol en flor mostraba en esperanza el fruto cierto.

La historia de la evolución mental argentina quedaría incompleta si en ella no hiciésemos un lugar a Lafinur. Mientras los ejércitos libertadores, regulares e irregulares, aseguraban la independencia del territorio, conteniendo en la frontera del norte las fuerzas de la metrópoli, afanosa por restaurar su dominación, o yendo a herir genialmente al enemigo, más allá de los Andes y el Océano, en su propio centro vital, se libraba en el interior una batalla no menos dura y contrastada entre el espíritu liberal y la reacción. En esa batalla fué decidido combatiente Lafinur. La revolución le sorprendió niño aún, sin ataduras mentales con el pasado. En vano Córdoba, con sus estudios teológicos y escolásticos pretendió adormecerlo, a él como a Varela y a tantos otros jóvenes ardorosos, en su letargo secular. Para la palabra, para el pensamiento, no hay muros que basten: hasta aquellos cerrados claustros también llegaba la voz de los enciclopedistas y de los ideólogos, en quienes se cifraba entonces, por encima de todos sus errores, la fuerza audazmente renovadora de la ciencia y la filosofía. Y así fué como aquel adolescente puntano, sin alcanzar a doctorarse ni a ordenarse, porque su temperamento y sus convicciones se lo impedían, después de haber sido cadete en los ejércitos de Belgrano, bajó a Buenos Aires, para traer a nuestras aulas su inquietud, su rebeldía, su anhelo renovador. A los veintidós años ganaba por oposición la cátedra de filosofía en el colegio de la Unión del Sur, fundado por Pueyrredón. Era en esa cátedra el primer maestro sin sotana. Pensemos, a los veintidós años, casi un muchacho. No sonriamos, Estos fueron los atrevidos espíritus que hicieron la revolución. Estos liberales, estos jacobinos, estos volterrianos, estos herejes, que aseguraron con su fe y con su empuje el triunfo de la revolución, casi todos tenían menos de treinta años cuando aparecieron en la escena y se impusieron. No reneguemos de los impulsos de la juventud, aun cuando yerre. Sin ella las sociedades se pudrirían en el estancamiento. La revolución es su obra.

Lafinur la simboliza en las aulas. Rompió contra la enseñanza escolástica y afilió su cátedra a las doctrinas



Juan Crisóstomo Lafinur

El primer centenario de la muerte (13 de agosto de 1824) de este malogrado poeta y polemista rioplatense, lo ha recordado con justicia y oportunamente la República Argentina.

de Locke, de Condillac, de Destutt de Tracy. Aquella otra enseñanza de solideo y manteo era una artificiosa rueda de silogismos y sorites que giraban en el vacío; a la suya Lafinur le dió asiento en la realidad. No era un pensador original, ¿podía haberlos en el país?, ni tuvo tampoco un sistema de filosofía orgánica. Representó la transición entre el escolasticismo y el pensamiento moderno, y supo convertir la enseñanza de la filosofía, tomando como punto de partida el hombre y el origen sensorial de sus ideas, en noble predicación cívica. Juan María Gutiérrez lo dice: «Lafinur no se proponía en su curso formar filósofos meditativos ni psicólogos que pasasen la vida leyendo, como faquires de la ciencia, los fenómenos íntimos del yo. Quería formar ciudadanos de acción, porque sentía la necesidad de levantar diques al torrente de los extravíos sociales que presenciaba, y de preparar obreros para la reconstrucción moral que exigía la Colonia emancipada». En 1792 los alumnos del curso de filosofía moral en el Colegio de San Carlos, sostenían en público la tesis de que la mejor entre todas las

formas de gobierno es la monarquía, y que el principio de autoridad, proviniendo de Dios, no podía tener origen en el pueblo; en 1819, Lafinur citaba a modo de ejemplo en su clase: «Los reyes son en el orden moral lo que los monstruos en el orden natural; su historia es el martirologio de las naciones». ¡Qué mutación en un cuarto de siglo!

Sin embargo, nos equivocariamos si le creyésemos un exaltado, un fanático. Era un hombre consciente del tiempo en que vivía. Su física era la de Newton, no la de Aristóteles; su psicología la de Condillac, no la de Tomás de Aquino; su filosofía política la de Moreno, no la del obispo Lue. Era un espíritu delicado de artista: hombre de sociedad, músico, poeta. Lo mismo que Juan Cruz Varela, aprendió a rimar en los bancos de Córdoba, a escondidas de sus maestros, sus primeras eróticas y sus primeras sátiras; pero su producción fué, como su vida, más corta que la de su compañero y amigo. Se le recuerda por los tres cantos que escribió en ocasión de la muerte de Belgrano, y por cierto, en la lira argentina de aquellos días tempestuosos, en medio de la común declamación de los poetas patrióticos, hueca aunque generosa, esas tres elegías de tintas medias, tan dulces, tan melancólicas, tan penetrantes, suenan con acentos inolvidables. A los veintidós años, con frecuencia, aun las líricas de los mayores poetas, son en arte balbucesos. Admirémos,

(Pasa a la página 190).

# César Conto

Los despojos mortales de César Conto serán depositados hoy <sup>(1)</sup> en un panteón de su tierra natal, tras haber descansado largo tiempo al amparo de suelos extranjeros <sup>(2)</sup> y amigos. A ellos le llevó su amor a la libertad, que había cerrado sus ojos en Colombia, la entereza de sus invencibles convicciones, la persecución de los vencidos en Los Chancos, y la gallardía con que supo defender el nombre liberal. Conto perteneció a la brillante generación radical que bajo la Constitución de Rionegro sembró en este país los principios básicos de la democracia y, como todos esos Cónsules de armoniosa y lírica arrogancia, tuvo para las ideas liberales un amor de resistencia romántica, desencadenado en la patria en los trances difíciles, sereno, apostólico y apacible en lares extraños. Hay dos actividades humanas que no se concilian por sus caracteres especiales, porque la una quita a la otra la divina ecuanimidad de espíritu que requiere; son la política y la poesía. Sin embargo, Conto, como la mayor parte de los gloriosos patricios de la cosecha radical, hizo versos, cantó en perdurables poesías todo el lirismo de su alma, atenta siempre a cuidados más terrenales que ideales, a la suerte de la patria y de sus instituciones.

Orador, pensador, filósofo, guerrero y escritor, fué el suyo un cerebro de capacidad universal que dejó como última producción una en que habla sonoramente la convicción del apóstol. Fué su testamento político a la juventud de Colombia. Reviven esas páginas rojas toda la energía imponderable de su temperamento entonces al borde del sepulcro, despiden el más acentuado sabor liberal, en párrafos altivos, casi marciales. Escrito ese testamento para la juventud, encontrarán en esa pieza todos los nuevos el ejemplo de una vida gloriosa, uniforme, digna, y en la que sobresale la más pura devoción por los grandes ideales de la libertad.

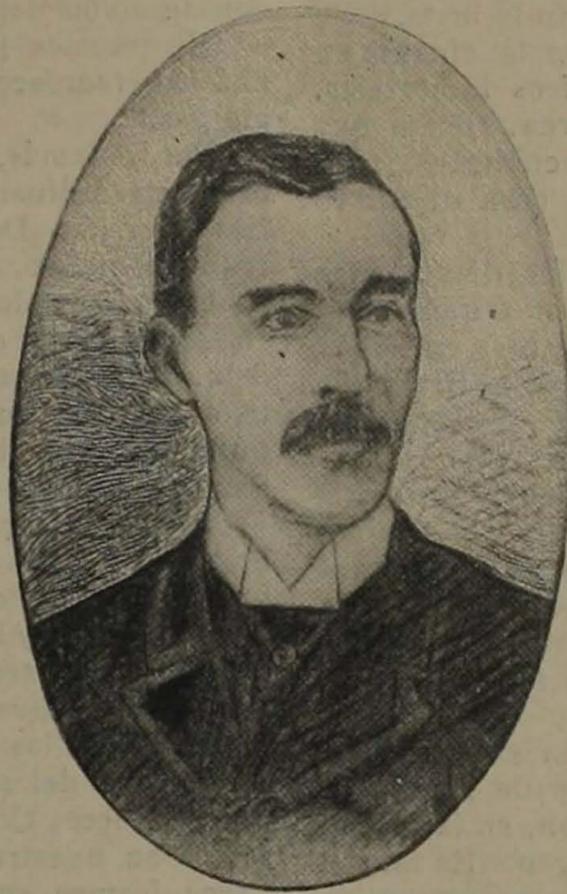
En la ciudad de Quibdó se rendirá hoy solemne homenaje al eximio varón colombiano. *El Tiempo*, por medio de su vocero en aquella capital, doctor Reinaldo Valencia, se asociará a la dignificación de esta fecha memorable en el almanaque liberal.

(*El Tiempo*, Bogotá).

(1) 12 de octubre de 1924.

(2) Dice *El Imparcial* de Guatemala, edición del martes 21 de octubre de 1924: «Hace unos años ya la prensa metropolitana habló, con el merecido encomio, del «gesto» del caballero colombiano, Hermenegildo Carvajal, quien tuvo la satisfacción de poder repatriar, con recursos propios, los restos mortales del gran poeta compatriota suyo, César Conto, muerto en Guatemala hace más de treinta años. El doctor Conto había venido con otros distinguidos colombianos que arrojaron de su tierra las rachas de la política, y aquí, en la nuestra, encontró una segunda patria donde tuvo admiración y simpatía, y donde sus restos descansaron hasta los terremotos de 1918; hubo entonces necesidad de depositarlos en el mausoleo de otro compatriota, por el doctor Teodomiro Villa Hausseler, colombiano también.

«Ahora, el señor Hermenegildo Carvajal ha tenido el placer de ver reconocido su esfuerzo en un cablegrama que de la tierra natal de César Conto le llega con ocasión de haberse conmemorado el centenario del ilustre poeta. Colombia paga una parte de la deuda de gratitud para su hijo lejano que le ha devuelto a una de sus glorias sin mácula».



César Conto

Regresan hoy a la tierra maternal los restos mortales de César Conto. Largos años permanecieron lejos de la patria los despojos del apóstol, y hoy, por la imperativa disposición de una ley sabia, vienen a descansar al amparo de los cielos del Chocó, bajo cuya lucidez corrieron los primeros días del grande hombre.

La vida de César Conto es tema para más de un volumen. Poeta y soldado, legislador y maestro, fué su agitada existencia un símbolo y una concreción de las ideas que él siempre defendió, tanto en la cátedra como en la llanura del combate, y en el parlamento como en los estrados del foro.

Quibdó, la moderna metrópoli, puede ufanarse de retener para siempre en su recinto lo que resta del estadista insigne; allá en las soleadas tierras, perennemente acariciadas por vientos de renovada libertad, lindando con la selva virgen, dormirá arrullado por la blancura de los mármoles eternos su último sueño. No faltará el gajo de laurel ni el acanto florido en

su sepulcro de él, de quien podemos decir con el poeta:

«Duerme el sueño definitivo, que tu gloria—como la mañana en el verso de Omar Khayan—ha lanzado al bronce de la noche la piedra que hace huir a las estrellas!»

(*El Diario Nacional*, Bogotá).

Las repúblicas son ingratas, según la historia. Eso debe entenderse de las muy grandes, como la antigua Roma, o de las muy prósperas, como la Francia actual: pero no de las que están secuestradas o en orfandad, como la nueva Colombia. Estas últimas no se pueden dar el lujo de la ingratitud. ¿Qué las consolaría de su miseria presente, si no cultivaran el recuerdo de su grandeza pasada?

Todo país en actual degradación—creciente o transitoria—se refugia instintivamente en sus recuerdos, y hace del culto a los hombres de su historia una de las formas de su protesta contra los hombres del día.

Hay, pues, a lo que parece, en las conmemoraciones populares, como el centenario del natalicio de Santander o como el aniversario de la muerte de Conto, algo que es orgullo, algo que es agradecimiento, algo que es esperanza.

Para entenderlo así y juntar esos dos nombres, no es necesario poner—y nosotros no los ponemos—a esos dos próceres a un mismo nivel histórico.

No los ponemos, porque la gloria de los padres de la patria no es conmensurable con ninguna otra gloria.

Conto no emancipó continentes, no constituyó repúblicas. No fué rival de Washington ni de Bolívar, de Santander ni de Hamilton. Labores como las que llevaron a cabo esos grandes hombres pueden ser compartidas, pero no son renovadas por dos generaciones seguidas. En un mismo siglo, en un mismo pueblo, no se presentan sino a lo sumo una vez; y para esa vez Dios talla esos hombres especiales.

Prodigar los nombres de ellos a actores vulgares,

cuando no indignos; hablar de un segundo Bolívar, o de una independencia complementaria, cuando sólo sea cuestión, por ejemplo, de pagarle a un tráfuga su traición, eso es mera y simplemente pretender eternizar a un mismo tiempo la profanación y el ridículo. En la historia no se obtiene entrada triunfal sino como se la obtenía en Roma conquistadora, esto es, entre trofeos inmortales. Y esos trofeos, en la civilización moderna, tienen que ser, para un nuevo Colón, mundos descubiertos, para un nuevo Bolívar, pueblos emancipados, para un nuevo Cristo, humanidades redimidas.

Mas si no hay ni puede haber todos los días o para todos los hombres, Américas qué descubrir o qué emancipar, sí hay para los ciudadanos de cada país, variedad de caminos qué seguir y de obras qué ejecutar. El camino que Conto escogió fué recto y brillante; la obra que ejecutó fué digna y patriótica.

En la marcha social y política, llena en lo ordinario de contrariedades y obstáculos, que siguen los pueblos recién independizados, no hay nadie, no hay nada que de antemano señale los puestos. Cada uno toma el suyo, según sus fuerzas. Fué, pues, por virtud de las suyas propias como Conto ocupó los primeros puestos en las primeras filas.

Conto fué alternativamente publicista y legislador, profesor y soldado, magistrado y hombre de letras. La espada y la pluma, el bastón y la toga, son, en las civilizaciones seculares, profesiones que se eligen. En las democracias nuevas, por el contrario, todas esas cosas son necesidades que se imponen.

Varón consular, en el sentido clásico del término, Conto tuvo todas las serenidades y dió muestra oportuna de todas las energías. Aplicó la fuerza del derecho, en las salas de justicia, con la misma impasibilidad con que aplicó el derecho de la fuerza en los campos de batalla. Administrador del tesoro público, su probidad tuvo la rigidez de la ley. La modestia de su hogar y la humildad de su sepultura son pruebas de su integridad como hombre privado; integridad que estuvo siempre en armonía con los principios y las prácticas del sistema político de que él era alto representante. Tribuno popular, no hubo facción ni clamor que lo intimidase. Orador parlamentario, no hubo razón que no tuviera en cuenta, ni sofisma que lo tomara desprevenido. Escritor correcto sin nimiedad, su argumentación era sólida y su estilo sencillo. Jamás vendió su pluma. Pudo alguna vez no tener razón, pero siempre tuvo dignidad. Poeta popular, en sus versos hay siempre espontaneidad y dulzura. Sus obras de filología llenan perfectamente su objeto. Todo esto, sin aires de magisterio en las letras, sin ceño de autoridad en política, sino jovial y galante con todos, atento con el adversario, respetuoso con el convencido.

Por sobre estas aptitudes de naturaleza y de educación, Conto tuvo carácter, que es la cualidad constituyente del hombre superior. Donde no hay carácter no hay hombre, sean cuales fueren las ventajas que se posean. Faltando carácter, los talentos y aun las virtudes se reducen a fuerzas sin unidad, que se contradicen y esterilizan. La continuidad en las opiniones y la congruencia de los actos, durante toda la vida, son condición y revelación de sinceridad en las unas y en los otros, y hacen sagrados — queremos decir respetables — hasta los mismos errores. Conto nació y murió bajo una misma bandera. Jamás tuvo que devorar la amargura de la justa desconfianza con que se trata al «pasado» en su nuevo campamento. La conciencia de la traición no lo obligó jamás a bajar los ojos delante de los traicionados, ni los ojos y la cabeza delante de los pagadores de la traición.

Conto fué, pues, en suma, un gallardo servidor de la causa liberal. Su vida política fué un noble ejemplo. Su memoria personal es una reliquia sagrada. Obligado a

expatriarse por los mismos que, habiendo abusado siempre de la prensa, como oposicionistas, no pudieron, como gobierno, tolerar el uso decente que de ella hacía Conto, él tiene pleno derecho a los honores del proscrito y a la consagración del mártir por la libertad y por la patria.

No creemos que su ambición fuera más allá; ni más allá van tampoco las exigencias de sus compatriotas y amigos.

Por lo demás, ningún país tiene necesidad de hombres extraordinarios sino en circunstancias extraordinarias también. De lo que sí tienen suprema necesidad todos los países, en todas las situaciones, es de hombres probos, abnegados y consecuentes, para formar los cuales en Colombia, la conducta de Conto es un excelente modelo. En este sentido hay mayor y mejor enseñanza patriótica en el culto nacional de los buenos servidores públicos que en la universal apoteosis de los héroes y los genios.

Ahora, más que nunca, necesitamos de la enseñanza, no tanto por las persecuciones de los odios, cuanto por los peligros del contagio. La grande epidemia oficial es la corrupción, y la grande epidemia privada es el egoísmo. De ambas es preciso salvar a todo trance a la juventud. Con ésta se salvarán los principios y se salvará la república. Desde las playas, pues, de lo desconocido, por la solidaridad del respeto que nunca acaba y del amor que nunca muere, Conto vuelve a nosotros y se asocia a nosotros en nuestra labor por la Patria y por la Libertad. Preconicemos su ejemplo, bendigamos su memoria, y aguardemos a la primera hora de libertad para traer sus cenizas a la tierra que lo vió nacer y que él honró con su vida y con su muerte.

SANTIAGO PÉREZ

Junio 30 de 1892.

(*El Espectador*, Bogotá).

## Testamento político

ESTOY sufriendo de una enfermedad mortal. La tierra, madre generosa, me recibirá dentro de poco en su seno fecundo como en el seno de Hécuba. Todos los que se preparan a morir hacen su testamento para el reparto de sus bienes. Yo no los tengo: soy muy pobre. He vivido hasta aquí con un sueldo exiguo ganado honrosamente en cambio de la enseñanza que doy, que puedo dar a la inteligente juventud guatemalteca. No obstante, también testo, y nombro executor de mi voluntad a la juventud liberal de Colombia.

Voy a morir lejos de los míos, a quienes tanto quiero, y fuera de la patria a quien tanto he servido y por quien tanto me he sacrificado. Fuera del amigo doctor Velasco, que tan generoso ha sido conmigo y bajo cuyo techo he encontrado los cuidados de una amistad sincera, no habrá otra mano cariñosa que cierre mis párpados a la muerte, no habrá otra alma buena que recoja mis últimos votos en favor de la libertad, porque estoy pensando: moriré desterrado. La pompa y el esplendor de mis valles caucanos; el murmurio de la fuente de la amada tierra; la simpatía de los amigos; la ternura de la familia, están lejos. Apenas si llegan a mí, en esta hora postrera, como notas de músicas lejanas, semejantes a los cantos que Isaías oyó entonar en el cielo, el columpio de las flores de mis risueñas praderas y el ruido crugiente de seda que se estruja, del crecer de la yerba en las feraces campiñas donde jugué cuando niño. Todo está lejos. En revuelto torbellino, como las caballerías perseguidas, pasan ante mis ojos el pasado de Colombia, glorioso y grande, y el porvenir excelso, revelado por el amor a mi mente de patriota...

El año de 1849 en figura de coloso escoltado por López, y López acompañado como de un ejército de nuevos girondinos de la legión civil apellidada de los *Caballeros de la democracia*. Ellos eran los niños de la república; los zapadores de la democracia; los sacerdotes cuasi imberbes del ideal; los precursores del 63; los fu-

turos grandes sabios, héroes y mártires; 1863, la segunda brillante etapa del liberalismo con Mosquera a la cabeza, y aquella tropa de legisladores que, en el circo de Rionegro, al expedir el código fundamental de la naciente federación concebida en medio de la lucha de emancipación por la inteligencia de Santander, presencié el gigantesco vuelo de elocuencia entre Rojas Garrido, el príncipe del verbo colombiano, y Villoria, el Aquiles del determinismo político. Oh! tiempos fabricantes de luz que aún parpadea en la sombra de la opresión e ilumina el dorso de los páramos del Tolima y del Quindío.

Y después el progreso en procesión de telégrafos, de escuelas, de administraciones honradas y de estudiantes que fueron nuestro orgullo, y de luchadores que fueron nuestra prez. Murillo como almirante del periodismo liberal, disipando tinieblas en los entendimientos, como antes—nuevo Jesús de la hacienda— había hecho caminar camino del crédito a la nación paralítica por la ruina que le causó el partido conservador.

Después, 1876 con Garrapata, la batalla más grande de la nueva Colombia, batalla que fué, según la frase de los maestros, el certamen literario del radicalismo, pues en ella los discípulos con la leche de la enseñanza en los labios, abrumados por el peso del fusil, hicieron murallas de sus pechos y combatieron en favor de la libertad como los hijos de Cornelia.

Sí. 1876 con los Chancos y con Manizales y la Donjuana; con su último esfuerzo, con la última carga contra el elemento de la colonia, que asaltaba las cimas dominadas por nuestro partido; la época en que yo, convertido en combatiente, decía a mis compañeros que morían como los soldados de Esparta: «Soldados, firmes como estatuas». Luego el eclipse: Trujillo inepto en el gobierno, aconsejado por los agoreros de la tiranía; se oscurecieron los horizontes de la patria; el cielo se desgajó en tempestades de mal; quedaron desiertos los templos de la república y rotos sobre el ara los símbolos del derecho; y el honor, que era nuestra consigna, perseguido... Y ya no oímos en los colegios el santo rezar de los jóvenes enamorados de la justicia, sino a los frailes en los conventos salmodiando a los dioses de cera del catolicismo...

Después, 1885 con sus desórdenes políticos y, contra éstos, Gaitán y Hernández y los últimos héroes luchando sobre la ensangrentada arena, rota la espada y desgarrado el dolmán de púrpura. Era la agonía de nuestro partido, agonía grande, impetuosa como de mar herido por el rayo, imponente como de un emperador romano. No pudo en esta vez el liberalismo regresar de la pelea con el escudo, y en su bravura cayó sobre él... y Hernández, y Bernal, y Lombana, y Obando muertos sobre el campo. Gaitán, a quien por su gallardo coraje respetó el plomo conservador, espirando en un calabozo.

Vino nueva lucha, la lucha en la desgracia. Yo era el jefe. *El Liberal* apareció escrito por mí, y la regeneración acostumbrada a la tiniebla se sintió como herida por el rayo de sol. La nueva generación, bautizada en los campos de batalla de 1885, se agitaba como una colmena a mi alrededor. En la cumbre del infortunio, yo agitaba el lábaro de redención. Por la fuerza de convicción, por mi empuje de Hércules oprimido, crugieron los cimientos del régimen conservador.

El miedo invadió a los que gobernaban: gritaban con salvaje griterío, y Holguín, dictador, me desterró de la patria.

Había sido mi protegido cuando estuvo en la desgracia. La fortuna del crimen lo sublevó, y entonces fué mi verdugo. No lo maldigo: no lo merece. No lo perdono; quedaría honrado. Hasta él no llega mi indignación, hasta él no baja mi clemencia. A vosotros, jóvenes del liberalismo, lego mi desprecio por ese hombre, mal padre, mal hijo, mal pariente y peor ciudadano.

Fuerte, con fortaleza de titán para la lucha, este material organismo mío se siente gastado para la vida por la lenta enfermedad que he tratado de combatir con la esperanza: la nostalgia de la patria; la impotencia del patriotismo.

He soñado muchas veces en una reivindicación por medio de las armas, único camino que queda para que la causa de la república en Colombia vuelva a su perdido predominio. Me han sobrado alientos de espíritu, pero me ha faltado la ayuda de mis antiguos compañeros, los viejos liberales, de quienes se ha apode-

rado el egoísmo natural producido por la edad. Con este mi sueño moriré.

En vano me resisto a perecer. Confío, no obstante, en el esfuerzo de los jóvenes. Ellos resucitarán los tiempos mejores, ellos vengarán el ultraje hecho por la regeneración a la madre común. Una vez muerto, me transformaré en ola y llegaré a las playas de la patria; me transformaré en brisa y pasaré por los viejos campos testigos de mi valor; me transformaré en aire, en resplandor, y estaré existente en la historia, con vosotros, futuros paladines!

He tenido como bienpreciado el sentimiento de la justicia; es convicción mía, profunda, la de que la justicia popular ha de revestir en los casos extremos la forma de la venganza. Lego a la juventud esa convicción,

Jóvenes liberales: La constitución de Rionegro, con pocas modificaciones, es mi credo político: a vosotros lo lego.

De vivir—después del triunfo del liberalismo—haría juzgar a los hijos infames de la patria. Esa aspiración os lego.

Os encargo que cuidéis de la federación, y, como alimento de ella la educación popular sin tributos al escolasticismo, libre, laica, científica.

Os recomiendo que reemplacéis la religión católica o cualquiera otra positiva, con la razonable ciencia en los principios demostrados por la experiencia.

No esperéis nada de vuestros antiguos conductores.

Labrad, a fuerza de trabajo propio, vuestra fortuna.

Fuí vuestro hermano y maestro, oidme: os lego mi fardo de faltas y mis montañas de gloria. Cuando escribáis la historia, sed imparciales. Yo sé que la historia me hará justicia...

Saludada por coro de vírgenes aparecerá la nueva aurora para la amada patria. Menos confiada y más práctica, la doctrina liberal, purificada en el Jordán de la desventura, hará paralelas la misión de la propaganda y la tarea del gobierno.

Vosotros, jóvenes, con la experiencia de nuestros mayores y la propia, tendréis más que lo que nosotros poseímos.

Con entusiasmo de sectarios los que os precedimos en las faenas políticas ocurrimos a los ricos manantiales de los principios y, como niños regando lluvia, sobre la tierra virgen, el agua de nuestros pensamientos. Sed vosotros más prácticos. Cuidaos de gastar en rigor más de lo que la marcha del progreso requiere. No os durmáis, como nosotros sobre las flores de la gratitud nacional. Si queréis conquistar el porvenir, no durmáis. El ojo que vigila, está siempre al servicio de la inteligencia que prevee.

Los tiempos de opresión que han pasado, serán a manera de lección. Durante ellos el amor a la libertad si no manifiesto, sí se ha aquilatado. El norte de la república no se ha perdido. En medio del deshecho temporal se divisan los seguros puertos. Son libres aún los colombianos. Estérilmente han laborado los que hasta aquí han buscado el vellocino de oro del despotismo. Sus faltas no pesan sobre el pueblo nuestro. No necesitará Colombia el puñal de Bruto para asesinar a los Césares. Vendrá la reacción moral incontenible y entonces los podrá arrojar al abismo. Los pueblos ascienden por la virtud.

La revolución os aguarda. Vosotros, jóvenes liberales, la serviréis con brazos y con inteligencia. Hecho tierra resucitaré en cualquier forma para alentáros. Confiad. Estaré con vosotros. Si los tiranos, vivo me temblaron, muerto, vosotros imitaréis mi ejemplo.

Para cuando sacudáis el polvo de los caminos que tendréis que recorrer para alcanzar el triunfo, para cuando restañéis la sangre de las heridas que en la lucha recibáis, llevad mis restos a la patria, depositadlos en modesta tumba y ensanchadla para que sobre ella se sienta la Diosa Libertad.

Moriré tranquilo; sois mis herederos! Con mi protesta en contra del despotismo conservador, os lego mi tradición liberal y mi nombre, y pongo bajo vuestro amparo el porvenir de esa patria colombiana, cuyo infortunio no debéis llorar como cobardes. Levantadla de donde yace, con la espada que a veces es idea, y con la voz del cañón, que en ocasiones es el razonar del derecho oprimido.

CÉSAR CONTO

Guatemala, junio 20 de 1894



## LA EDAD DE ORO

=Lecturas para los niños=

## 72.—Noemi

Aunque la educación religiosa y prematuramente sacerdotal que recibí haya estorbado en mí las relaciones juveniles con personas de otro sexo, tuve amiguitas de infancia, una de las cuales me dejó un profundo recuerdo. Desde la más tierna edad sentí viva afición por las niñas. Las prefería, desde luego, a los niños; éstos no me querían; mi porte retraído les irritaba. No podíamos jugar juntos y me llamaban *señorita*. No había pillería que no me hiciesen, y, al contrario, siempre la iba muy bien con las niñas de mi edad: decían ellas que era recatado y formal. Tenía doce o trece años, y no me daba cuenta del atractivo que tenían para mí. La idea vaga que me seducía parece haber sido la de que hay cosas permitidas a los hombres que no lo son a las mujeres, no obstante que me aparecían como criaturas frágiles y bonitas, sometidas, para el gobierno de sus personas, a normas que aceptaban. Todas las que yo conocí eran encantadoramente modestas, y, en el primer despertar que se obró en mí, tuve el sentimiento como de una dulce piedad, la idea de que era menester ayudar a una resignación tan gentil, amar su pudor y secundarlo. Comprendía mi superioridad intelectual, mas, desde entonces, sentí que la mujer muy bella o muy buena resuelve completamente, por su parte, el problema que con toda nuestra superior inteligencia no hacemos sino embrollar. Somos niños o pedantes a su lado. Sólo vagamente comprendía, pero vislumbraba, sin embargo, que la belleza es un don de tal suerte excelso, que el talento, el genio, la virtud misma son nada a su lado, de modo que la mujer verdaderamente bella tiene derecho de desdeñarlo todo, puesto que reúne, no en una obra externa, sino en su misma persona, como en un vaso mirrino, todo lo que el genio difícilmente esboza con débiles rasgos, a costa de penosa reflexión.

Entre esas amiguitas, he dicho que había una que ejercía sobre mí una seducción particular. Se llamaba Noemi, y era un precioso dechado de discreción y de gracia. Sus ojos eran deliciosamente lánguidos, impregnados, a la vez, de bondad y delicadeza; sus cabellos adorablemente rubios. Tendría dos años más que yo, y su modo de hablarme era así como entre el tono de una hermana mayor y las confidencias de dos niños. Nos entendíamos a maravilla. Cuando las amiguitas reñían, nuestra opinión siempre era la misma: yo me esforzaba por apaciguar a los contendores y ella se mostraba escéptica del resultado de mis tentativas. «Ernesto, me decía, no lo conseguirás; quieres poner de acuerdo a todo el mundo». Esta infantil colaboración pacífica que nos daba cierta imperceptible superioridad sobre los demás, creó entre nosotros un vínculo dulcísimo. Todavía hoy no puedo oír cantar: *Nous n'irons plus au bois, o Il pleut, il pleut, bergère*, sin sentir un suave estremecimiento del corazón... Sin la fatal obsesión que me absorbía, sin duda, habría amado a Noemi dos o tres años después; pero, ya entonces estaba consagrado a la razón; la dialéctica religiosa se había adueñado de todo mi ser. La nube de abstracciones que ascendía hasta mi cabeza me trastornaba hasta el punto de hacerme como ausente e indiferente a todo lo demás.

También un defecto singular, que más de una vez en la vida debía perjudicarme, estorbó este afecto naciente haciéndolo desviar. Mi indecisión es causa de que me deje fácilmente arrastrar a situaciones contradictorias,

cuyo nudo no sé desatar. Este rasgo de mi carácter se complicó, en tal coyuntura, con otra modalidad que me ha hecho cometer tantas inconsecuencias como el peor de los defectos. Había, entre las niñas, una mucho menos bella que Noemi, buena y amable, sin duda, pero menos agasajada, menos solicitada. Ella me buscaba quizá más que Noemi, y no disimulaba ciertos celos. Causar disgusto a quien quiera, sea el que fuere, ha sido siempre cosa imposible para mí. Vagamente imaginaba que la mujer que no es muy bonita es desgraciada y debe devorar su pena interiormente, como si se hubiera malogrado. Yo andaba con la menos cortejada más que con Noemi, porque la veía triste, dejando así bifurcarse mi primer amor, como años después inhábilmente dejé bifurcarse mi política. Una o dos veces vi a Noemi sonreír de mi ingenuidad. Siempre fué cariñosa conmigo, pero tenía, a veces, cierto gesto irónico que no disimulaba y que me la hacía aún más encantadora.

La lucha que llenó después toda mi adolescencia, casi me la hizo olvidar. Más tarde, su imagen se me ha aparecido a menudo. Un día pregunté a mi madre qué fin había tenido:

«Murió, me contestó, murió de tristeza. Era pobre. Cuando perdió a sus padres, su tía, una dignísima señora dueña de la fonda de... la casa más honrada del mundo, la tomó a su cargo. Ella se portó muy bien. Tú sólo la conociste niña, ya bonita, es cierto, pero, a los veintidós años, era un milagro. Sus cabellos, que en vano recogía bajo una pesada cofia, le caían en retorcidas y gruesas trenzas como gavillas maduras. Hacía todo lo posible por ocultar su belleza, y así su talle esbelto lo disimulaba con un manto, sus manos largas y blancas las guardaba siempre entre mitones, y con todo eso se formaban en la iglesia grupos de jóvenes para verla orar. Era demasiado hermosa para nuestra aldea, y era tan buena como bella».

Este relato me conmovió hondamente. Después la he recordado mucho más, y cuando Dios me dió una hija, la llamé Noemi.

ERNESTO RENAN

(De EL CONVIVIO: Páginas Escogidas Trad. de C. Hispano).

## 73.—El poeta perdido en el campo

Una vez un poeta se perdió en el campo. De pronto encontró un lirio y cayó a sus pies en adoración extática. (El éxtasis del poeta es un décimo del éxtasis del Santo: rigurosamente medido.)

Porque aquel lirio era uno de aquellos mismos lirios que hicieran decir al dulcísimo poeta de Galilea y Nazaret: «Los lirios no hilan ni tejen y sin embargo, ni Salomón en toda su magnificencia se vió jamás vestido como uno de ellos».

¿Qué vió en aquel lirio el poeta? Como es algo inefable yo ahora no lo puedo repetir. Necesitaría también caer en éxtasis. Baste decir que vió la mano de Dios mismo y necesitó tocar con la frente reverencial el polvo de la tierra, humilde y extasiado. Adoraba a la gran alma

que hizo exclamar a San Agustín: «¡Oh, hermosura siempre antigua y siempre nueva, qué tarde te conocí!»

Cuando volvió de su arrobó se encontró rodeado de palurdos asombrados.

—¿Qué hacías ahí?, le preguntó el palurdo más viejo.

Y entonces el poeta les contó las excelencias del lirio de los campos. Como eran gentes sencillas sus oyentes, sin gran esfuerzo su palabra reveladora pudo construir un par de gafas doradas para que todos ellos contemplasen la hermosura del lirio de los campos. El purísimo ambiente diáfano de la campiña bañada de sol en aquella hora matinal, se volvió él mismo una enorme lente dorada a través de la cual se asomaban a mirar la tierra los serafines encendidos de amor. Los palurdos miraban el lirio y los querubines miraban al poeta. Y palurdos y querubines sonreían con efusión.

—¡Qué bella flor!, decían a coro los palurdos. Y empezaron a refir, disputándose.

Y como toda disputa ofende a Dios, aquélla rompió el encanto y el diablo, que acechaba celoso, pero que hasta entonces no había podido romper el círculo de la gracia divina creado por la oración del poeta, logró penetrar al corro.

Lo primero que hizo aquella mala bestia fué quitar los anteojos dorados al poeta, como se los quitaba tantas veces, y lo dejó ciego (el poeta era miope rematado y casi no podía ver sin el auxilio de sus lentes). Después, guió los pasos del boticario del pueblo cercano que andaba por allí contratando unas cuantas yerbas medicinales, hasta hacerlo llegar al encantado grupo.

—¿Qué hacéis allí, bobos? preguntó el boticario. Preferible era que me dijerais si tenéis de venta melisa, ruda y manzanilla.

Los palurdos le dijeron que habían encontrado una joya maravillosa y se disputaban su posesión. Y le señalaron el lirio.

—¡Qué partida de simples! dijo el boticario. Verdad es que un loco hace ciento. Esto es obra del amigo de las greñas, que anda por aquí. Pero fijáos, bobos. Allí cerca hay todo un campo lleno de lirios. Cada uno de vosotros puede llevarse ciento sin necesidad de refir.

Y los palurdos vieron que, efectivamente, aquella flor abundaba por aquellos contornos.

Y se llamaron a engaño y apostrofaron al poeta, que como ya no tenía lentes no les pudo responder y se limitó a implorar humildemente de uno de ellos que le sirviera de lazarillo hasta la próxima población.

—Es cierto, les decía: el boticario tiene razón. Yo soy un pobre demente. Pero, ¡sed compasivos! y llevadme hasta la próxima población.

—Y cómo pudo venir aquí a engañarnos el muy bellaco y farsante y no puede regresar, decía el palurdo más viejo. Al fin cedieron a sus súplicas y lo condujeron a donde quería ir.

La visión del poeta fué una visión de verdad. El que haya miles de lirios sólo quiere decir que hay miles de obras divinas prodigiosamente bellas y magnificentes. Innumerables son las estrellas de los cielos y las flores de los campos y las arenas del mar. Cada obra del Señor es una maravilla de gracia y de belleza. La deficiencia no está en sus obras sino en los ojos que las contemplan, que a su vez son obra suya, perfecta en su relatividad.

El Señor a ti, a quien ama, a veces presta sus anteojos luminosos y entonces *te acerca a la Verdad*. Pero oye bien esto que te voy a decir: No te quejes de los palurdos. Ellos también tienen razón cuando te afirman que los lirios son incontables. Si también pudieran ver por tus

anteojos dorados ya no querrían sembrar más, sino que se dedicarían a cantar a Dios como tú. Y es necesario que siembren para ti, mientras tú oras por ellos.

R. ARÉVALO MARTÍNEZ

(El Señor Monito).

#### 74.—La vida junto a los árboles

Estos hombres de Luso, <sup>(1)</sup> que viven cerca de los árboles centenarios de Bussaco, no pueden sentir la vida del mismo modo que los hombres urbanos. Y no precisamente porque estén más próximos a la naturaleza. Tanto se ha dicho de la naturaleza, que ya se la ha reducido a una palabra convencional. La naturaleza quiere decir el campo. Nadie supone que en las ciudades se puede vivir tan naturalmente como en el monte. Sin embargo, es así. Porque lo natural, la naturaleza, en la ciudad y en el campo, refiriéndose al hombre, es el hombre mismo. Lo diferente, en todo caso, es el ambiente. Pero diferente sólo desde un punto de vista crítico. Dentro de las maneras de vida, en las relaciones del hombre con el medio, no hay diferencia ninguna. Para un ciudadano, la ciudad es un ambiente tan natural como el campo para un campesino.

Mas el hombre de la ciudad y el del campo se diferencian en la manera de apreciar la eficacia de la acción. El ciudadano siente el límite de su acción dentro del límite de su vida. Sabe que puede principiar y terminar su obra. La vida le alcanza para hacer algo. Entre otras razones, porque este algo siempre es una cosa restringida e independiente a su vida. Muchos de los hombres que viven en las ciudades han terminado ya su obra. En la diferencia entre el plazo de su obra y el término de su vida, el hombre de la ciudad puede encontrar un período de regalada y ociosa senectud, que a veces se inicia en plena madurez vital y no pocas veces en la cuna misma.

El campesino siente, en cambio, que el límite de su esfuerzo se confunde con el de su vida. Una casa, una fábrica, un cuadro o una idea se construye en un tiempo determinado. Tiene, por lo menos, la posibilidad de terminarla. Pero en el campo ocurre lo contrario. El hombre no termina nunca de cultivarlo. Antes que la tierra se agote, se agotan los hombres y las generaciones. Desde que nace hasta que muere, el campesino ve nacer y renacer, año tras año, la espiga de trigo, y aunque la siegue año tras año, la espiga renacerá siempre.

Los árboles que cortan los campesinos de Luso no los han sembrado ellos ni sus padres. El campesino, es verdad, hace su casa. Pero lo propio, lo natural del campesino, no es la casa, sino el árbol. Los hombres que plantaron los cedros de Bussaco, hace varios siglos que están hechos polvo. No obstante, los cedros crecen y engrosan todavía, y no es muy probable que sean los hombres actuales los que los corten.

Esta continuidad irremisible del trabajo campesino es lo que les da a los hombres un sentido eterno del esfuerzo. El hombre del campo no tiene prisa. Sabe que su trabajo no será más que una aportación mínima a los grandes trabajos de las generaciones. Mientras el hombre de la ciudad vive en función de su trabajo, él trabaja en función de su vida. Por esto, las empresas heroicas, aquellas en las que la vida es lo de menos, las realizan con mayor tenacidad los hombres del campo.

CÉSAR FALCON

(El Sol, Madrid).

(1) Aldea portuguesa.

## Dietario en Zig-Zag

### Comentario al margen

**E**L drama en el teatro de Oscar Wilde: Un pequeño accidente melodramático y un amplio ropaje brillante y paradójal.

El drama en la Vida: Un gran accidente vibratorio, y un ropaje pobre, vulgar, entrecortado.

El drama en el Arte: Una acción profunda, intensa, cargada, y un ropaje medido, justo, purificado.

### De Joseph Joubert

«En política es necesario dar siempre a roer un hueso a los revoltosos».

Pensamiento inmoral, por lo humano... por lo demasiado humano.

### Inmortalidad

He aquí un nombre que vence al olvido: Francisco Rao.

¿Cuál fué la gesta; cuál fué la obra de Rao?

Mató una culebra que «desde la boca hasta la punta de la cola tenía de luengo veinte y dos pies, y en lo más grueso de ella era más gorda que dos puños juntos de las manos de un hombre mediano y la cabeza más gruesa que un puño».

Así lo consigna Gonzalo Hernández de Oviedo y Valdés en su *Sumario de la Natural Historia de las Indias*, agregando al nombre heroico de Francisco Rao, y a la manera homérica, «natural de la villa de Madrid».

Después de Rao muchos habrán sido los matadores de culebras, tal vez más monumentales que la que inmortalizó al ilustre madrileño, pero no siempre andan aparejados los elementos que son necesarios para que sobre el héroe caiga la lotería de la inmortalidad.

Porque no hay duda de que si bien el hecho de matar una culebra es uno, y en justicia estricta los que matan culebras de igual tamaño que la que mató Rao deberían tener la gloria de Rao, las circunstancias son diversas, y la inmortalidad se debe a las circunstancias.

En primer lugar se necesita un cantor o un consignador a quien también las circunstancias immortalicen.

En segundo lugar se necesita que el cantor se sienta herido de admiración por el hecho heroico y se determine a cantarlo o a consignarlo.

Y en tercer lugar que el libro o el mármol en donde el nombre quede no desaparezca por alguna fortuita circunstancia.

Hasta hoy la suerte de Francisco Rao ha sido feliz. Y lo sabemos matador de culebras e hijo de Madrid, como sabemos al Telamonio Teukros matador del bravo guerrero Imbrios, hijo de Mentor y rico en caballos.

¿Que no es mucha la inmortalidad que se encuentra entre la espesa selva de esas ediciones de Clásicos Españoles, perdedoras y apretujadas? Tampoco es mucho matar a una culebra. Y una inmortalidad es una inmortalidad por pequeña que sea; un nombre escrito o recordado con más o menos esplendor. Porque nombres como el de Rao, para la mayoría, son Gonzalo Hernández de Oviedo y Valdés... y Homero.

Por nuestra parte, confesamos que la inmortalidad oscura es la que siempre nos ha tentado.

Ojalá que este *Dietario en Zig-Zag* nos fuera el equivalente de la culebra «de veintidós palmos de luengo y de cabeza más gruesa que un puño» que mató en Indias el hijo de la villa de Madrid Francisco Rao.

### Apuntes rápidos

Primer fruto de un árbol niño.

El árbol, que ocultó travieso su primer fruto a los de la casa, lo muestra alegre a los que pasan.

A cada mirada codiciosa la púrpura del fruto se enciende más.

Pareja enamorada. ¿Quién cogerá el vedado fruto? Se levanta a la vez el brazo de ella y el brazo de él. Sus dedos se encuentran entre la juventud de las hojas. Juntos arrancan el fruto; juntas lo muerden sus bocas.

¡Qué bien sabe el fruto robado!

El árbol ríe con todas sus hojas infantiles la travesura!

Rincón de puerto. Noche clara. Sube a las estrellas una canción muy triste.

Miramos al cielo acongojados y lo sentimos lleno también de la congoja nuestra.

Hay una estrella en el azul que tiembla como una lágrima en un párpado. ¿Caerá sobre el mar?

Unas sombras dudosas en la noche... y un beso fuerte que dice dolor y pasión.

Hay sombras que únicamente pueden besarse en la sombra.

El mar llega hasta las tapias de un jardín desbordado de rosales.

Respiramos la rara mezcla del perfume tierno de las rosas y del perfume cruel del salitre del mar.

Un caso corriente: un suicidio.

Fué en una verde cala abrigada, de cara al Mediterráneo de un azul más que azul.

No hemos podido explicarnos por qué el suicida apretaba contra su pecho los *Diálogos* de Platón.

Nuestros ojos han visto las páginas del *Banquete* manchadas de sangre.

RAMÓN VINYES

Baranquilla, Colombia.

## Juan Crisóstomo Lafinur...

(Viene de la página 184.)

pues, la felicidad poética de Lafinur, que supo cantar su devoción al ilustre general, con tanta gracia, naturalidad y sentimiento que aventajó a todos quienes lloraron en verso la misma muerte.

La aurora anunciaba un espléndido día. Pero ese joven pasó por la vida como un meteoro. Su curso provoca acerba polémica; la prensa clerical lo ataca, acusándole de materialista; él replica en *El Argos* y tiene partidarios y defensores; pero tanto se le hostiliza dentro y fuera del Colegio, que su ánimo se amarga y al fin resuelve abandonar la cátedra y Buenos Aires, en busca de tolerancia. Por donde quiera que pasa, en torno suyo se renueva la polémica. Aunque se defiende briosamente de sus adversarios, en periódicos por él mismo fundados, aquéllos son más poderosos que él. Le expulsan del colegio de Mendoza, donde había reanudado su enseñanza y le obligan a pasar a Chile; y allí también acorralan a este «Apóstol del Diablo», como llegaron a llamarle por el delito de haber explicado científicamente un terremoto y no como castigo del cielo; y habiendo lamentablemente perecido en un accidente en 1824, aun lo persiguen y escarnecen, atribuyéndole apócrifas retractaciones.

¡Muerte sobremanera deplorable! Estaba en la plenitud de su talento, de su entusiasmo y de sus fuerzas. De haber vivido algunos decenios más, en Chile hubiera fraternizado con nuestros ilustres proscritos del período de la tiranía, y Sarmiento y Alberdi habrían tenido en él, a quien tanto dolían las desgracias de la patria, un valeroso compañero de causa. De haber vivido algunos años más, este poeta en cuyos versos a la manera clásica, la

crítica ha escuchado preluir ciertos acentos románticos, innovador como en todo, también se habría alistado en la escuela revolucionaria. ¿Qué altísimo destino truncaron los Hados?

Lo cierto es que, repetiré con Ricardo Rojas, «sólo un talento natural, nutrido, flexible y claro, puede haber compensado esa brevedad de su vida, hasta conferirle una celebridad centenaria», esa celebridad a la cual hoy rendimos este sencillo homenaje.

ROBERTO F. GIUSTI.

## Página lírica

de Carlos Préndez Saldías

=Del tomo *Amaneció Nevando*, poemas de Carlos Préndez Saldías, Santiago de Chile, 1924.

De Préndez Saldías dice el sensato Armando Donoso en su antología chilena moderna, *Nuestros Poetas* (Editorial Nascimento, Santiago de Chile): «Poeta sin énfasis inútiles, que dice su amable palabra armoniosa en el tono menor de sus versos sencillos, los «paisajes de su corazón» suelen ser, las más de las veces, los de sus emociones íntimas. Su poesía tiene toda la dignidad de una perfecta honradez espiritual».

### LA CANCIÓN DEL RÍO

El río se viene cantando, cantando,  
como un hechicero de la soledad.  
Arboles y riscos se quedan vibrando  
cuando pasa el río, camino del mar.

El río se viene cantando, cantando,  
y es una alegría sentirlo pasar.

Tendido en la hierba, si el agua me toca  
las manos morenas quemándose al sol,  
y el viento sureño me llena la boca,  
yo siento que el río, la tierra y la roca  
laten con la sangre de mi corazón.

Tendido en la hierba, si el agua me toca,  
bendigo la fuga del río cantor.

La canción del río se pierde en el llano;  
los hombres del valle no tienen canción.  
Un murmullo apenas refresca el verano  
de este silencioso pueblo labrador.

La canción del río se pierde en el llano,  
como si del agua se fuera el amor.

El río venía cantando, cantando,  
desde la montaña que nieve le dió.  
Las piedras sonoras quedaron sonando,  
y en el valle el río su canción perdió.

El río venía cantando, cantando;  
desde muy arriba cantando bajó.  
Por el valle estrecho se aleja llorando,  
y ninguno sabe que el río cantó.

### LA LUNA LLENA DE MARZO

La luna llena de Marzo.  
La montaña toda blanca.  
Sobre el pasto humedecido  
estoy solo con mi alma,

El pequeño caserío  
me da sus luces lejanas,  
y el río pasa cantando  
la canción de la montaña.  
Tú estás lejos. Con la luna  
de la ciudad te acompañas,  
y en tu corazón, que es mío,  
llora acaso la nostalgia  
de esta montaña con luna,  
de esta noche toda blanca,  
de esta luna que yo miro,  
de este río que me canta.

### MI VOZ EN LA NOCHE

Cubre la noche la montaña;  
las estrellas apenas brillan.  
Oigo una voz lenta y extraña  
como de pájaros que chillan

bajo la tierra. Crece y crece  
la mala sombra en la llanura,  
y la montaña me parece  
que en esta noche toda oscura  
en un vuelo se desvanece.

Estoy solo frente al destino,  
sin un temblor, sin una queja;  
ni cansancio de peregrino,  
ni dolor en el alma vieja.

Estoy aquí, sin un tormento.  
Amador de todas las cosas,  
nunca supe lo que es el viento  
ni por qué perfuman las rosas.

Claro pensar, clara conciencia;  
amorosa visión de todo.  
Una tarde de mi existencia  
nació un pájaro azul del lodo.

Tengo un rencor, y tan pequeño,  
que ni la mano llenaría;  
alguien me deshizo un sueño,  
y no perdono todavía.

La conciencia nada me daña;  
turbia pasión no tuvo arraigo.  
Este rencor que me acompaña  
es el único mal que traigo  
al corazón de la montaña.

Canté a lo largo del camino;  
partí mi pan y mi tristeza.  
Y aquí estoy, de cara al destino,  
en esta noche montañesa.

### EN LA MONTAÑA

Por todos los caminos mi corazón se fué  
buscándote anheloso, como busca la sed  
el agua en la montaña, y, hoy, al amanecer,  
a la estrella del alba el viajero de ayer.  
Como se busca siempre lo que no se ha de ver,  
con mis cinco sentidos en ansias te busqué.

¿En un pueblo lejano te hallaría, tal vez?  
Y me fuí por los pueblos de Dios, sin conocer  
ni nombre ni camino... Labios dulces de miel,  
ojos que no soñaban, corazón de mujer...  
Fuí por todos los pueblos y en ninguno te hallé!

En las playas alegres, cuando al atardecer  
hay un rumor de olas y de risas, pensé  
que te hallaría ¡única flor de todo bien!  
El regreso fué largo como un grito sin fe.  
Mi corazón volvía, y no estabas en él.

Ahora, en la montaña, limpio de toda hiel,  
con los ojos cerrados, como para saber  
lo que el hombre en la vida no logra conocer,  
te busco en la tibieza de este sol montañés  
que refresca el espíritu como el viento la mies.  
Y te encuentro dormida, tal un verso, en mi ser.  
¡Si eres la mujer triste que una tarde besé!

#### NIÑA DE CARA MORENA

Niña de cara morena  
que estás lavando en el río,  
¿por qué das al río pena,  
echando tu llanto al río,  
niña de cara morena?

Los hombres del caserío,  
con la azada y con el canto,  
bajan a beber al río.  
Si todos beben tu llanto,  
niña de moreno encanto,  
¿qué será del caserío?

Niña de cara morena,  
la amargura de tu pena  
no la llores en el río.  
Déjale el agua serena,  
sin tu llanto, sin tu pena,  
a la sed del caserío.

## Un estante de obras escogidas

En la Administración del "Repertorio Americano" se venden las siguientes:

Hugo de Barbagelata: <i>Una centuria literaria</i> (Antología de poetas y prosistas uruguayos).....	7.00
Kahlil Gibrán: <i>El loco</i> .....	1.00
Paul Gerald: <i>Tú y Yo</i> .....	1.00
Homero: <i>Ilíada</i> (2 tms., pasta).....	6.00
Tolstoi: <i>Los Evangelios</i> (1 tom. pasta).....	3.00
Dante: <i>La Divina Comedia</i> (1 tomo pasta).....	3.00
Plutarco: <i>Vidas Paralelas</i> (2 tomos pasta).....	6.00
Platón: <i>Diálogos</i> (3 tms. pasta).....	9.00
Fray Luis de León: <i>Poetas originales</i> .....	1.25
B. Contreras: <i>Antología de poetas italianos</i> .....	0.75
Eurípides: <i>Tragedias</i> (un tomo, pasta).....	3.00
Tagore: <i>Jardinero de amor</i> .....	2.25
Bolívar: <i>Discurso en el Congreso de Angostura</i> .....	1.50
Homero: <i>Odisea</i> (un tom. pasta).....	3.00
P. Henríquez Ureña: <i>Mi España</i> .....	4.00
Alfonso Reyes: <i>Los dos caminos</i> .....	2.50
Ml. Magallanes Moure: <i>Florilegio</i> .....	2.00
Isaías Gamboa: <i>Flores de Otoño y otros poemas</i> .....	2.25
Luis Carlos López: <i>Por el atajo!</i> .....	4.00

### Doctor CONSTANTINO HERDOCIA

De la Facultad de Medicina de París

MEDICO Y CIRUJANO

Enfermedades de los ojos, oídos, nariz y garganta. Horas de oficina: 10 a 11.30 a. m. y de 2 a 5, contiguo al Teatro Variedades.

Teléfono número 1443

### Dr. ALEJANDRO MONTEROS.

MEDICO CIRUJANO

TELÉFONO 899 — Horas de consulta: de 2 a 5 p. m.  
Despacho: 50 varas al Norte del Banco Internacional.

¿Desea Ud. hacerse un vestido elegante  
y económico para las fiestas?

Pase a LA COLOMBIANA y escoja  
su corte y le saldrá por la mitad  
de su valor.

FRANCISCO GÓMEZ Z.

Calle del tranvía.—Frente a la tienda Kepfer.

Quien habla de la **Cervecería TRAUBE** se refiere a una empresa en su género, singular en C. R.

Su larga *experiencia* la coloca al nivel de las fábricas análogas *más adelantadas* del mundo.

Posee una planta completa: más de *cuatro manzanas* ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO.

Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES.

#### FABRICA

CERVEZAS  
Estrella, Lager, Selecta, Doble, Pilsener y Sencilla.

ma, Granadina, Kola, Chan, Fresa, Durazno y Pera.

REFRESCOS  
Kola, Zarza, Limonada, Naranjada, Ginger-Ale, Cre-

SIROPES  
Goma, Limón, Naranja, Durazno, Menta, Frambuesa, etc.

Prepara también *agua gaseosa* de superiores condiciones digestivas.

Tiene como especialidad para fiestas sociales la KOLA DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA.

SAN JOSE — COSTA RICA

Pase a ver

el gran surtido de

**Casimires ingleses**

de último estilo

que acaba de recibir y vende

a precios módicos

la

**SASTRERIA AMERICANA**

de

**Juan Piedra y Hermano**

Frente al Hotel Francés

Los trabajos de esta Sastrería  
son garantizados

Larga práctica en Nueva York

Ladies and Gentlemen Tailor  
English spoken